[Otra edición en: *Noticiario Arqueológico Hispánico* 15, 1983, 95-135 (también en A. Blanco Freijeiro, *Opera minora selecta*, edición de J.M.ª Luzón − P. León, Sevilla 1996, 455-503). Versión digital de la primera edición por cortesía de los herederos del autor, con cita de la paginación original].
© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Ategua

Antonio Blanco Freijeiro

[-95→]

A mi amigo y paisano, Prudencio Landín Carrasco, Gobernador Civil de Córdoba, que hizo posibles estos trabajos.

A comienzos de septiembre de 1965 hicimos con el académico cordobés don Juan Bernier Luque el recorrido de la zona de la Campiña que fue primer teatro de la guerra del 46-45 a. C. entre César y los hijos de Pompeyo. Desde entonces hemos vuelto a él multitud de veces, visto y revisado innumerables lugares. Lo hemos vivido en los rigores de la canícula, cuando el cielo se torna blanquecino desde media mañana, y el suelo reseco, cubierto de altos hierbajos, sugiere la "savanah" tropical. Y también hemos experimentado lo contrario —lo que sin duda experimentaron César y sus hombres—: la conversión de aquel paisaje en un mar de barro, húmedo, frío y pegajoso, cuando las lluvias se desatan.

La zona en cuestión se extiende desde las puertas de Córdoba hacia el sur de su provincia por la margen izquierda del Guadalquivir, y está constituida por un conjunto de colinas y lomas que alternan con llanos, huertas y vegas feraces, regadas por el río Guadajoz, el antiguo Salsum. El término propio que corresponde a esta comarca es el de Campiña, nombre que expresa su contraste con las anchas fajas de sierra que ciñen la provincia de Córdoba por sus lados septentrional y meridional.

Las cotas más elevadas del panorama ondulado de la Campiña están ocupadas por ciudades y villas de acreditada antigüedad: Espejo, Castro del Río, Montilla, Montemayor, Fernán Núñez, algunas de ellas herederas de ciudades ibéricas y romanas. Los epígrafes hallados en Espejo indican que allí mismo radicó la antigua Ucubi turdetana, Colonia Claritas Iulia de los romanos, de donde era natural uno de los bisabuelos de Marco Aurelio [1]. Castro del Río es la continuadora de un *oppidum* antiguo, identificado conjeturalmente con la Soricaria del *BH*. La ecuación Ulia-Montemayor sólo es aceptable con reservas, porque las lápidas en que se funda aparecieron todas en el castillo del Duque de Frías, cuyas piedras se trajeron de la no muy distante Dos Hermanas, y los restos arqueológicos de la propia ciudad son raros [2]. En cambio, Montilla carece de documentos romanos en su solar propio, si bien los hay abundantes en los terrenos de su término.

---

[1] *Hist. Aug. Vita M. Anton.* I, 4. Hübner en *CIL* II, pág. 210 formula algunos reparos a la identificación de Ucubi con Espejo. La expresión *grumus excellens natura* con que el *BH* designa, el emplazamiento de Castra Postumiana, le parece cuadrar mejor a Espejo que a ningún otro cerro de aquella zona, De ser ello cierto, la situación de Ucubi sería aún hoy una incógnita.

[2] LUZON, J. M. y LEÓN, P., en *Habis* 4 (1973) 25.

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

En la actualidad no se puede sostener la reconstrucción de la campaña de César haciéndola culminar en una Munda identificada con Montilla. Un nuevo epígrafe **[-95→96-]** confirma la ubicación de Ventipo en la Atalaya de Casariche [3] y recientes estudios de las vías romanas [4] y de los despoblados relacionados con ellas dan plena efectividad a la tesis de quienes siempre se han atenido a los textos más que a las interpretaciones de la topografía. En efecto: si el ejército cesariano ocupado en el cerco de Osuna (*BH* 41) se veía obligado traer de Munda la madera para sus fortificaciones, ésta no podía hallarse en la actual Montilla, que en línea recta dista nada menos que sesenta kilómetros de Osuna.

EL BH (DE BELLO HISPANIENSI)

Por una excepción sólo compartida con la de Lérida, la campaña de César en el invierno del 46-45 a. C. está referida por un testigo ocular que al hacer públicas sus memorias, dejó una crónica que sumada al *Bellum Gallicum*, al *Civile*, al *Alexandrinum* y al *Africum*, cierra el "corpus" de fuentes de la vida militar de Julio César. Como obra literaria es esta la más endeble de todas, pero no tanto como para calificarla de "el peor libro en prosa de la literatura latina", según hizo Holmes. Se trata ciertamente del incompleto y modesto diario de campaña de un oficial que sin aspirar a una visión de conjunto, consigna a menudo pormenores triviales y en cambio ignora la problemática de la estrategia, de la intendencia y aun de algunos episodios cruciales de la guerra en los que no estuvo presente. Pero a cambio de eso, el anónimo redactor allega una serie de datos precisos que añadidos a la síntesis de la campaña en la *Historia* de Dión Casio, y a las referencias a la misma en las obras de otros historiadores, contribuyó a que este modesto libro sobreviviese al naufragio del mundo antiguo, de la mano de otros de mejores plumas. Frente a toda la crítica adversa de que ha sido objeto, resplandece el ponderado dictamen de Klotz: "La frescura con que el autor refiere los acontecimientos da mucho encanto a su escrito. Cierto que cuando pretende alcanzar tonos más altos, resulta artificioso y forzado, pero ni entonces ni nunca se desvía de la verdad" [5].

El libro es breve; está además falto de algunos pasajes y quizá de un buen trozo al final. El texto llegado a nosotros comprende cuarenta y dos capítulos, distribuidos del siguiente modo:

Capítulos 1-2. Gneo Pompeyo se ha refugiado en España con los restos del ejército republicano, vencido por César en África, y contando con el apoyo de la mayor parte del país, se dispone a reanudar la lucha. El propio César, en vista de que sus lugartenientes y sus tropas son incapaces de sofocar el movimiento, se persona en el escenario de la contienda y asume la dirección de las operaciones (principios de diciembre del 46 a. C.).

Capítulo 3. Mientras Sexto Pompeyo defiende Córdoba, su hermano Gneo pone cerco a Ulia, que se mantiene fiel a la causa de César. Este envía socorros a la ciudad cercada.

Capítulos 4-5. César asedia Córdoba. Gneo Pompeyo levanta el cerco de Ulia y acude con sus tropas. César no puede impedir que el enemigo penetre en la ciudad y se haga fuerte en ella (fines de diciembre del 46 hasta 20 de enero del 45). César desiste de tomar Córdoba y pasa graves aprietos para alimentar a su ejército. **[-96→97-]**

Capítulos 6-19. Asedio de Ategua por César. Gneo Pompeyo lo sigue con sus fuerzas. La campaña de Ategua dura cerca de un mes; la plaza se rinde el 19 de febrero del 45 (véase más abajo).

---

[3] LUZON, J. M., en *AEspA* 41 (1968) 152.

[4] CORZO, R., en *Habis* 4 (1973) 241 y ss.

[5] KLOTZ, A.: "Die literarische Ueberlieferung über Caesars letzten Feldzug", *Epitymbion*, *Heinrich Swoboda dargebracht*, Reichenberg, 1927, 123 y ss.

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Capítulos 20-26. Gneo Pompeyo se retira a Ucubi, donde ordena la matanza de los partidarios de César. Embajada de César a Bursavo (o Ursao). Operaciones en torno a Ucubi y Soricaria.

Capítulos 27-37. Toma de Ventipo. Batalla de Munda.

Capítulos 32-42. Las últimas operaciones. Toma de Córdoba y de Sevilla. Huída y muerte de Gneo Pompeyo. Caida de Munda y cerco de Osuna (marzo-agosto del 45). Discurso de César en Sevilla, con el que el texto acaba repentinamente. No es de suponer, empero, que la parte perdida aquí fuera muy extensa.

LA CAMPANA DE ATEGUA

Siguiendo su costumbre, ya inveterada desde Farsalia, César no efectuó preparativos sistemáticos para la Guerra de España. De este modo se encontró con que al frustrarse su tentativa de apoderarse de Córdoba, carecía de provisiones para alimentar a un ejército cuya cuantía exacta ignoramos, pero que se estima en unas ocho legiones, amén de tropas auxiliares y de caballería, en suma, alrededor de sesenta mil hombres y unos mil quinientos caballos que con los refuerzos posteriores se elevaron a ocho mil.

Una vez que Sexto y Gneo Pompeyo le impidieron apoderarse de Córdoba, la ciudad que por ser residencia habitual de los pretores de la Ulterior era considerada como capital de aquella provincia (*caput eius provinciae existimabatur*), César vio desvanecerse sus esperanzas de zanjar la cuestión española con una sola victoria espectacular y rápida. En los sangrientos combates de sus tropas con las de Gneo Pompeyo, que tuvieron por escenario el Campo de la Verdad, al lado meridional del Betis, los cesarianos llevaron la peor parte y fracasaron en su intento de impedir al enemigo el acceso al puente que permitía encontrar la sólida defensa de la muralla cordobesa. En esta situación desfavorable, Cesar decidió abandonar el asedio y buscar un campo de operaciones que, por un lado, le permitiese encontrar provisiones para su ejército, y por otro, incitar a los pompeyanos a librar batalla en terreno llano (*in aequum*), esto es, en condiciones de igualdad aproximada con las suyas propias.

El terreno elegido por él fue la zona de la Campiña dominada por la ciudad de Ategua, dueña de grandes reservas de trigo y defendida por una aguerrida guarnición pompeyana (*firmissimum praesidium eius*). Según queda consignado, el cerco y la rendición de Ategua ocupan catorce capítulos del *Bellum Hispaniense*, extensión mucho mayor que el relato de cualquier otro de los episodios de la guerra, como si el resultado final de ésta fuese la consecuencia de lo acontecido en aquél. Este minucioso relato, completado con las noticias que suministra Dión Casio, ilustran la historia de las ruinas de Ategua como las de ninguna otra ciudad antigua de la España meridional.

Ategua estaba en condiciones de resistir el asedio; pero para mayor seguridad, Gneo Pompeyo puso al frente de su guarnición a Lucio Munatio Flaco, uno de sus más fieles adeptos hispanorromanos. Dión Casio puntualiza muy bien la situación inicial: "enterado (Cesar) de que en la ciudad de Ategua había mucho trigo, y aun a sabiendas de **[-97→98-]** lo fuerte que era, marchó sobre ella animado por la esperanza de que la fortaleza de su ejército, y el miedo que éste inspiraba, le permitirían conquistarla sin demora. Una vez llegado a ella, la rodeó de fosos y empalizadas."

"Pompeyo, por su parte —sigue diciendo Dión Casio—, confiado en la naturaleza del terreno y en la creencia de que César no podría mantenerse mucho tiempo en él por el frío reinante, y resistiéndose además a exponer sus tropas a las inclemencias del tiempo, se dejó estar y nada hizo en favor de los sitiados. Sólo cuando ya el cerco estaba completo y César firmemente atrincherado, acudió inquieto a socorrer la plaza. Al amparo de la oscuridad de la noche se infiltró entre los destacamentos enemigos y les

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

causó muchas bajas. Después, como los de dentro estaban sin jefe, les envió a Munatio Flaco y él mismo acudió en auxilio de la ciudad con sus doce legiones" [6].

Munatio Flaco era natural de Italica. Cuando el *Bellum Alexandrinum* lo menciona entre los conjurados que atentaron en Córdoba contra la vida de Quinto Casio Longino, el legado de César, declara *erant enim omnes italicenses* [7]. Dión Casio refiere cómo Munatio Flaco logró atravesar las filas de César engañando a los centinelas y entrar de este modo en Ategua.

El Bellum Hispaniense indica que César rodeó Ategua de una línea de contravalación [8] y que al enterarse de que Gneo Pompeyo venía en ayuda de los sitiados, emplazó destacamentos de infantería y caballería en campamentos menores (*castella*), en puntos estratégicos, a espaldas del campamento principal y de la línea de cerco, formando así, al parecer, una circunvalación discontínua: *cui de Pompeio cum nuntius esset allatus eo die proficisci, cuius in adventum praesidi causa Caesar complura castella occupasset, partim ubi equitatus, partim ubi pedestres copiae in statione et in excubitu castris praesidio esse possent...* [9]. A la llegada de Pompeyo, según parece, estos dispositivos estaban ya tomados, y los hombres de César se ocupaban de construir la gran rampa (*agger*) que permitiría a las torres de asalto alcanzar la altura necesaria para dominar la muralla. El texto de los manuscritos del *BH*, que se presta a varias correcciones, dice así: *Caesar in munitionibus ceterisque quae ad oppidum opus fuerunt aggerem vineasque agere instituit* [10].

La construcción de un *agger*, o terraplén de acceso para las torres de ataque, que se movían sobre ruedas, significaba una considerable obra de ingeniería. La rampa había de ser similar a la que hoy pueda hacerse para que una carretera alcance la altura necesaria para salvar, mediante un arco o un puente, una línea de ferrocarril. La obra se hacía con troncos de árbol, piedras y tierra en cantidades tales, que se requería el esfuerzo conjunto de muchas unidades del ejército y de toda la población civil que pudiese contribuir a la faena con sus brazos y sus bestias de carga. Como es lógico, las fuerzas de la ciudad asediada recurrían a todos los medios a su alcance para estorbar la construcción del *agger*, ora arrojando toda clase de proyectiles sobre los obreros, ora abriendo minas desde el interior de la muralla, e incluso haciendo salidas con el designio de prenderle fuego a la armadura de madera del terraplén y a las casetas que protegían a las tropas que lo defendían. En efecto: el ejército atacante disponía de fuerzas que, protegidas por manteletes (*vineae*), desalojasen de la muralla a quienes hostigaban a sus compañeros **[-98→99-]** ocupados en la obra. Las referencias del *B.H.* indican que este proceso se produjo en el cerco de Ategua.

Mientras César y sus hombres se ocupaban de las obras de asedio, Gneo Pompeyo hizo su aparición en escena. Puso su primer campamento al norte del Guadajoz, pero poco después lo trasladó al sur del mismo, a la vista de Ategua y de Ucubi. Desde esta base comenzó a hostigar a las tropas de César.

César se había apoderado de una altura de gran valor estratégico —*Castra Postumiana* [11]—, lo bastante alejada de su campamento para hacer creer a Pompeyo que podía

---

[6] Dio Cass. XLIII, 33.

[7] *Bell Alex.* 52, 3-4.

[8] *B.H.* 6,3: *Caesar munitionibus Ateguam oppugnare et bracchia circumducere coepit.*

[9] *B.H.* 6, 3.

[10] *B.H.* 7, 2. Aprovechando las enmiendas de ediciones anteriores (de Fleischer, Kraner y Nipperdey), Way da esta lección: *Caesar interim munitionibus ceterisque quae ad oppugnandum opus fuerunt perfectis aggerem vineasque agere instituit*. WAY, A. C.: *Caesar. Alexandrian, African and Spanish Wars*, London & Cambridge, Mass., 1955, pág. 320.

[11] *B.H.*, 8, 6 y 9. Schulten identifica Castra Postumiana con el cerro Harinillas —*FHA*, V, 130— que estorbaría a Pompeyo en sus comunicaciones con Córdoba, y supone que el nombre romano le viene de

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

tomarla sin que César se lo impidiese. Pese a la cautela con que Pompeyo preparó el asalto, la guarnición del *castellum* se percató de sus intenciones y logró resistir el ataque hasta que César vino en su ayuda con tres legiones y puso en fuga a los atacantes con grandes pérdidas para éstos. Al fracasar el intento de ocupar Castra Postumiana, Pompeyo trasladó su campamento a un punto más próximo a Córdoba. Era la tercera vez que lo hacía, en poco tiempo (fig. 2).

Día tras día se sucedían los incidentes. Dos cuerpos de caballería vinieron de Italia en apoyo de César, uno al mando de Arquetio, otro de Asprenas. Cuando Pompeyo hizo el traslado de campamento a que acabamos de referirnos, se vio obstaculizado por los cesarianos. Un rey ibérico, de nombre Indo, que había traído sus tropas al tiempo que llegaban de Italia los refuerzos de caballería, sucumbió por exceso de ardor en el acoso de los pompeyanos.

Los abastecimientos del ejército de Pompeyo se hacían desde Córdoba, siempre bajo el acoso de la caballería cesariana. Pero el grueso del ejército de César tenía sobrado quehacer con resistir en la brecha de Ategua, cuya guarnición lo hostigaba sin tregua con sus proyectiles y con sus salidas diurnas y nocturnas: *Pari consuetudine vigilia secunda ex oppido ignem multum telorumque multitudinem iactando bene magnum tempum consumpserunt complurisque vulneribus adfecerunt. Praeterito noctis tempore eruptionem ad legionem VI fecerunt, cum in opere nostri distenti essent, acriterque pugnare coeperunt* [12]. Tal parece haber sido la rutina diaria del asedio: lluvias de proyectiles y violentas salidas de los de Ategua contra las líneas y las obras que amenazaban estrangular a la ciudad.

El entrecortado modo de referir propio del cronista, autor del *Bellum Hispaniense*, adquiere en medio de su relato un ritmo aun más acelerado. Pompeyo construye una trinchera desde su campamento hasta el río; sorprende a unos jinetes de César y los pone en fuga matando a tres. El hijo de un senador, Aulo Valgio, que tenía un hermano en el bando enemigo, monta un caballo y abandona a César. Un proyectil de honda, lanzado desde Ategua, trae de la ciudad el mensaje de que el día en que los sitiadores aprieten de veras el cerco, algunos ategüenses depondrán las armas. Animados por esta promesa, parte de los sitiadores, confiados en una presa fácil, se ponen a minar el muro y logran derribar parte del mismo y penetrar en la ciudad. Este lance da pruebas de cierta indisciplina, o falta de organización, en las filas de César. Según parece, los ategüenses devuelven estos intrusos al campo de César, y envían con ellos emisarios que piden al jefe enemigo clemencia para los soldados de Pompeyo que había en la ciudad. César contesta que él acostumbra a imponer las condiciones de rendición, no a aceptarlas. Esta respuesta enardece a los defensores de Ategua, que reanudan la lucha con inusitada vehemencia. El **[-99→100-]** proyectil de una catapulta (*bullista*) cesariana derriba una torre enemiga y mata a cinco de sus ocupantes y al niño que observaba los disparos de la máquina [13].

Pompeyo se dispone a intervenir en la lucha de modo más activo que hasta entonces. Primero logra establecer una posición en la margen derecha del río, hasta allí dominada completamente por el ejército enemigo. Al día siguiente, realiza una incursión sobre los dominios de éste; logra sorprender a un destacamento de caballería y tropas lige-

un antiguo campamento de L. Postumio Albino, pretor de la Ulterior en 180-179 a. *C.* Livio (40, 47) nos informa de que Albino colaboró con Tiberio Sempronio Graco en el sometimiento de los celtiberos, pero ignoramos cuáles fueron sus actividades en la Ulterior.

[12] *B.H.*, 12, 4-5.

[13] *B.H.*, 13.

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

ras cesariano y lo diezma con plena efectividad. El autor del B.H. trata, inútilmente, de referir el suceso como una victoria de los suyos [14].

Poco después de esto, la guarnición de Ategua arroja sobre el enemigo una lluvia de dardos y proyectiles incandescentes, como solía hacer a menudo. Pero a raiz de ello se rompe la armonía que reinaba entre la población nativa y la guarnición pompeyana, o al menos el enemigo tiene ocasión entonces de percatarse de sus desavenencias. Los soldados pompeyanos matan a los ategüenses sospechosos de simpatizar con César y arrojan sus cadáveres al exterior de las murallas [15].

A última hora del día, un emisario de Pompeyo logra atravesar las líneas enemigas y entrar en la ciudad con instrucciones de incendiar aquella noche el *agger* y las torres de César y de hacer una salida en masa, rompiendo el cerco, entre las doce y las tres de la madrugada. Las órdenes se cumplen: tras una larga preparación artillera, de proyectiles incendiarios, los pompeyanos efectúan la salida por la puerta situada a la vista del campamento de Pompeyo. Van dispuestos a romper las defensas enemigas, provistos de tablas y faginas para cegar los fosos; de ganchos con que demoler, y después incendiar, las cabañas de paja en donde los cesarianos se resguardaban del frío; de objetos de plata y prendas de vestuario con que distraer a los soldados enemigos, ansiosos de botín. Durante la noche, Pompeyo mantiene formado su ejército, en orden de batalla, al otro lado del río.

A pesar de todo, las tropas de César no fueron cogidas de improviso. Una vez desencadenada la ofensiva, ocuparon sus puestos, resistieron la acometida del adversario con valor y firmeza, y la operación de romper el cerco se malogró. La guarnición pompeyana de Ategua hubo de regresar a la ciudad sin que Pompeyo pudiese hacer nada para socorrerla.

La indecisión, la táctica dilatoria de Pompeyo —que los historiadores de la estrategia militar consideran acertada en aquellas circunstancias— hizo cundir el desaliento y el malestar entre sus seguidores. Aunque no era más que un joven de veinticuatro años, Gneo Pompeyo poseía un brillante historial militar, en el que despuntaba, sobre todo, la destrucción de la flota de César en aguas de Grecia durante la campaña de Dyrrachium, en vida de su padre [16]. Como es natural, la historiografía posterior le fue adversa en todos los sentidos; pero Séneca hace de él un elogio digno de recordarse, cuando considerando su suerte, dice que la Fortuna lo había encumbrado para no derribarlo desde un lugar menos eminente que a su padre [17]. Además de su propio saber y experiencia, Gneo Pompeyo tenía como brazo derecho a Labieno, antiguo lugarteniente de César y el más calificado veterano de la Guerra de las Galias y de la posterior Guerra Civil, que hizo entera al lado de Pompeyo y de sus hijos. Lo mismo él que Atio Varo cayeron entre los **[-100→101-]** pompeyanos vencidos en Munda, y César les concedió a los dos el clemente homenaje de unas exequias dignas de su historial y de su rango [18].

---

[14] *B.H.*, 14-15.

[15] *B.H.*, 15.

[16] *B.C.*, III, 4.

[17] Séneca, *Ad Polyb*. XV, 1: Quid Pompeios? quibus ne hoc quidem saeviens reliquit Fortuna, ut una eademque conciderent ruina... Vixit (Sextus) superstes optimo fratri (Cnaeo), quem Fortuna in hoc evexerat, ne minus alte eum dieieceret, quam patrem deiecerat; et post hunc tamen casum Sextus Pompeius non tamtum dolori, sed etiam bello suffecit.

[18] T. Attius Labienus nació en Cingulum (Piceno) hacia el año 100 a. C., en el seno de una familia del orden ecuestre. En el 78 sirvió por primera vez en Cilicia a las órdenes del procónsul P. Servilio y allí hizo amistad con César. Por su origen picentino era también amigo de Pompeyo. Tribuno del pueblo en el 63, se opuso al Senado y sirvió a César y a Pompeyo, procurando para el primero el nombramiento

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Por mucho que el autor del *B.H.* censure a Gneo Pompeyo y se indigne ante su táctica de evitar una batalla campal, no hay duda de que esta era la mejor línea que podía adoptar y la que le hubiera dado mejores resultados de haberla seguido tenazmente. Así se lo recomendaban los más ancianos del ejército, "quienes aleccionados por lo ocurrido en Farsalia y en África, le aconsejaban que desgastase poco a poco las fuerzas de César y lo redujese a la impotencia, estando éste, como estaba, en región enemiga" [19]. Es más: el general Fuller cree que dada la inferior calidad de su ejército, Gneo debiera haber desencadenado una guerra de guerrillas, como había hecho Sertorio, en vez de mantener reunido todo su ejército siguiendo a César, pero rehuyendo el combate [20]. Aun así, poco le faltó a Pompeyo para salir vencedor a la hora decisiva.

El fallido intento de romper las líneas enemigas ocasionó grandes pérdidas a los pompeyanos de Ategua. La moral de éstos comenzaba a resquebrajarse. Al propio tiempo, los habitantes de la ciudad ya sólo se preocupaban de obtener una rendición en condiciones lo más acéptales que pudiesen. Tres emisarios, Tulio, Catón y Antonio, parlamentaron con César sin obtener de éste más que la promesa de que procedería con los ciudadanos romanos de la misma forma que en otras ocasiones lo había hecho con extranjeros [21].

Antes de que la ciudad se entregase sin condiciones, hubo aún otro intento desesperado de romper el cerco. Los asediados estaban bien armados y sabían de guerra tanto como César. A las minas de éste respondían con contraminas. Consta que un cierto Ju-

---

de Pontífice Máximo, y concediendo al segundo el derecho a llevar traje triunfal en el circo y atuendo de magistrado en el teatro, así como corona áurea en ambos. En virtud de la Lex Vatinia, César lo nombró primer legado con imperio de propretor para las Galias (59 a. C.), donde lo dejó al mando de las tropas en todas sus ausencias. Labieno conocía y manejaba mejor que nadie el ejército de César. El fue el autor de la matanza de los Helvecios en el paso del Arar (Saona), primer éxito de la Guerra de las Galias que silencian César y Dión Casio, pero que tanto Plutarco como Apiano reconocen que se debió a él, Plut. *Caes*.. 18, 1; Apian. *Cat*., 1,3, 15. Siempre estuvo al mando de grandes cuerpos de ejército. En la batalla contra los nervii, en el Sabis (Sambre), tuvo a su cargo el ala izquierda, con las legiones IX y X, que arrollaron al enemigo (los atrebates), cruzaron el río y se adueñaron de su campamento. Viendo en apuros a las restantes fuerzas, envió en socorro de César a la legión X, que sorprendió a los nervii por la espalda y decidió en favor de los romanos la suerte del combate. Ayudó eficazmente a César en sus expediciones británicas. Se sostuvo bien ante los tréveros, y causó la derrota y la muerte del jefe Indutiomaro. Más tarde alcanzó una nueva victoria sobre ellos, *B.G*., VI, 7, 1-8, 9. En la gran insurrección del 52 a. C. tuvo el mando de la región del Sena y dio en ella sobradas pruebas de su talento de estratega independiente. Al hacerse patentes las desavenencias entre César y Pompeyo, se decidió por éste y lo siguió hasta la derrota definitiva de la causa republicana.

P. Attius Varus desempeñó la pretura y fue propretor de África pocos años antes de la Guerra Civil. Al estallar ésta se pronunció por Pompeyo. Junto con otros personajes de influencia procuró que el Piceno se declarase contra César (49 a. C.). Se hizo fuerte en Cingulum, ocupó Auximum y ordenó reclutamientos de tropas. Pese a ello, no logró sus propósitos y su ejército se desbandó, *B.C*., 1, 13. De Italia pasó a África, que conocía bien; asumió en Utica el *imperium* y reclutó dos legiones. Al triunfar César en España, en agosto del 49, Gayo Curión trató de ganar África para su causa; con este designio partió de Sicilia, desembarcó en los dominios de Varo e infringió a éste una gran derrota ante los muros de Utica. Pero el rey Yuba de Mauritania acudió en auxilio de la ciudad y derrotó y mató a Curión. Parte de sus soldados huyeron a Sicilia, parte se pasaron a Varo, quien no pudo impedir que, pese al cambio de bando, Yuba los diezmase. Cuando tras la derrota de Farsalia los cabecillas republicanos se retiraron a África, Varo hubo de ponerse a las órdenes de Metelo Escipión y de conformarse con el mando de la flota. Después de Tapso, huyó a España con Sexto Pompeyo y con Labieno. Aquí fue derrotado por Didio en un encuentro naval en aguas de Carteya, Dión Cas., 43, 31. Desde entonces militó en el ejército de Gneo Pompeyo, y figura en el *B.H.* como jefe de los destacamentos (*castella*) que protegían al grueso del ejército en la campaña de Soricaria.

[19] Apiano, *B.C.* 2, 102.

[20] FULLER, J. F. C., *Caesar*, 1965, 289.

[21] Sobre el texto y sus lagunas véase Way, *op. cit*., apénd. C, pág, 401 y s.

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

nio no se enteró de la matanza de ciudadanos hasta después de ocurrida porque había estado **[-101→102-]** todo aquel tiempo metido en un túnel [22]. Aún en vísperas de la capitulación, los pompeyanos de Ategua acribillaron con sus proyectiles una torre de César, dejándola malparada desde la base hasta el tercer piso, y en la lucha que siguió lograron prenderle fuego.

Entre las incidencias de última hora se recuerda especialmente el caso de una mujer que se arrojó de la muralla para buscar asilo en el campamento de César. Al pretender hacerlo con toda su familia, ésta fue sorprendida por los pompeyanos y sólo ella pudo huir a la desesperada y salvarse.

Al fin llegó un mensaje de Munatio Flaco, comandante de la plaza, prometiendo su entrega y su futura adhesión a César, a cambio de su vida. César, según parece, no aceptó tratos con él; pero sí recibió de nuevo a los emisarios de los ciudadanos de Ategua y garantizó sus vidas a cambio de la rendición. El 19 de febrero del 46, César se posesionaba de Ategua y era saludado allí como *imperator*, Gneo Pompeyo se retiró a Ucubi.

Poco más aportan los otros historiadores que se ocupan de la campaña de Ategua, y todos ellos lo hacen, según parece, a partir del libro perdido en donde Tito Livio trataba de la Guerra Civil dentro de su historia general de Roma. Valerio Máximo refiere con sombrías tintas el cruel comportamiento de Munatio Flaco hacia aquellos ategüenses que simpatizaban con César o militaban entre sus tropas. A los primeros los mandó degollar y arrojar fuera de las murallas; no pudiendo aplicar a los segundos la misma medida, se vengó sobre sus mujeres y sus hijos: "Asesinó también a las mujeres, llamando por sus nombres a los maridos que estaban en el campo contrario para que presenciasen la muerte de sus esposas, y a los hijos en el regazo de sus madres; a algunos de los pequeños los aplastaba contra el suelo, a la vista de sus padres, a otros los tiraba al aire y los hacía recibir en la punta de las lanzas. Estas cosas, intolerables hasta de oir, fueron mandadas por un romano, pero ejecutadas por los lusitanos, en cuyo auxilio se escudaba para resistir con insensata pertinacia a los designios divinos" [23].

Frontino refiere una anécdota que no consta en ningún otro autor: un pompeyano, de nombre Mauro, se hizo pasar por asistente de tribuno ante unos centinelas de César, averiguó de éstos la consigna y engañó a otros con ella, lo que le permitió introducir refuerzos para la guarnición de Ategua [24]. A pesar del nombre Mauro, la anécdota puede ser una variante de la entrada de Munatio Flaco en Ategua, que de forma algo más verosímil refiere Dión Casio [25]. "Consiguió éste (Munatio) entrar en la ciudad de la siguiente manera: por la noche se dirigió solo a unos centinelas, y fingiendo hacer la ronda por orden de César, les pidió el santo y seña; recibido éste (pues no lo reconocieron ni sospechó nadie que llevase intenciones hostiles), se separó de ellos; se dirigió a otro punto y al encontrar a otros centinelas les dio el santo y seña y les hizo creer que estaba tratando de la rendición de la ciudad; y sin que le pusieran trabas, e incluso acompañándole, penetró en la plaza".

Aparte esto, en su breve relación de la campaña de Ategua, Dión Casio concede gran relieve a un incendio que el autor del *B.H.* no menciona. "Entre otras muchas cosas (los pompeyanos de Ategua) lanzaron una vez fuego a las máquinas y empalizadas de los romanos, pero no sólo no les causaron daño digno de mención, sino que levantándose contra ellos un fuerte viento, salieron muy mal parados, pues se incendiaron las casas,

---

[22] *B.H.* 16, 4: *in cuniculo*.
[23] Val. Max. 9, 2, 4. *F.H.A.* V, 153 y 308.
[24] Front. 3, 14, 1.
[25] Dión Cas. 43, 34.

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

y gran número de hombres, imposibilitados de ver nada por el humo, cayeron alcanzados por las piedras y proyectiles. Mientras esto sucedía, se les saqueaba la comarca, y parte de la muralla se derrumbó a consecuencia de unas zapas. Surgieron discordias entre ellos, **[-102→103-]** y Flaco, primero para salvarse a sí mismo y a los que con él estaban, envió parlamentarios a César; después, fracasado en sus intentos por negarse a entregar las armas, los naturales de la ciudad volvieron a parlamentar y consintieron en lo que se les impuso" [26].

Como se ve, ni una palabra hay aquí de las atrocidades atribuidas a Munatio Flaco. El autor del *BH* parece señalarlas con mayor objetividad que Valerio Máximo cuando las limita a los simpatizantes de César. No quiere decir esto que la guerra tuviera un tono general caballeresco; ambos bandos sentían demasiado \encono para no incurrir en faltas de sentido humanitario, que han dejado claros vestigios en las fuentes históricas; pero con todo y con eso, hay que reconocer que Valerio Máximo recargó excesivamente las tintas.

LA LOCALIZACION DE ATEGUA

El *B.H.* indica que Ategua se encontraba a menos de una jornada de Córdoba y a corta distancia del río Salsum (Guadajoz): *proxime tamen Ateguam ut flumen sit* [27]. La ciudad más próxima era Ucubi, en las alturas de allende el río. Fundándose en estas referencias, los eruditos cordobeses no han vacilado nunca en situar Ategua en las ruinas de una ciudad iberorromana conocida antaño con el nombre de "Teba la Vieja" y hoy con el de "Castillejo de Teba" (fig. 1). La etimología Ategua > Teua > Teba no ofrece dificultades y en su desinencia es comparable a la de Munigua> Mulba [27 bis].

Para llegar hoy día desde Córdoba a este lugar se sigue la carretera de Granada hasta Santa Crucita y de aquí se toma el ramal que enlaza ésta con la de Castro del Río a Bujalance, en total unos 25 kilómetros de trayecto. Ahora bien, parece que el llamado "Camino Viejo de Granada", abandonado desde hace años, reducía la distancia a unos 18 km. Esa proximidad a Córdoba contribuyó seguramente al despoblamiento de Ategua en época romana imperial, por lo que ni sus murallas se renovaron, ni la ciudad alcanzó una preeminencia comparable a la de Ucubi, ni los autores romanos la mencionan salvo en su recuerdo de las guerras de César. Este abandono persistió durante la Edad Media, si bien en alguna ocasión, y a juzgar por sus parcos restos, algunos árabes se estacionaron en la zona mejor conservada de las antiguas fortificaciones y buscaron cobijo en las bocas de las galerías subterráneas.

Aparte la extensión de las ruinas, la magnitud de las fortificaciones y los argumentos acabados de aducir, no tenemos otras pruebas de la identidad de Ategua con Teba. Hübner deja constancia de los siguientes hallazgos:

Una lápida con inscripción:

CHRVSE. ANN
XXVIII. H.S.E.
S.T.T.L.

(*CIL* II, 1563)

[-103→104-]

---

[26] Dión Cas. 43, 34.
[27] *B.H.* 7, 3.
[27 bis] UNTERMANN, J., *MM*. 2, 1961, 107 y ss.

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

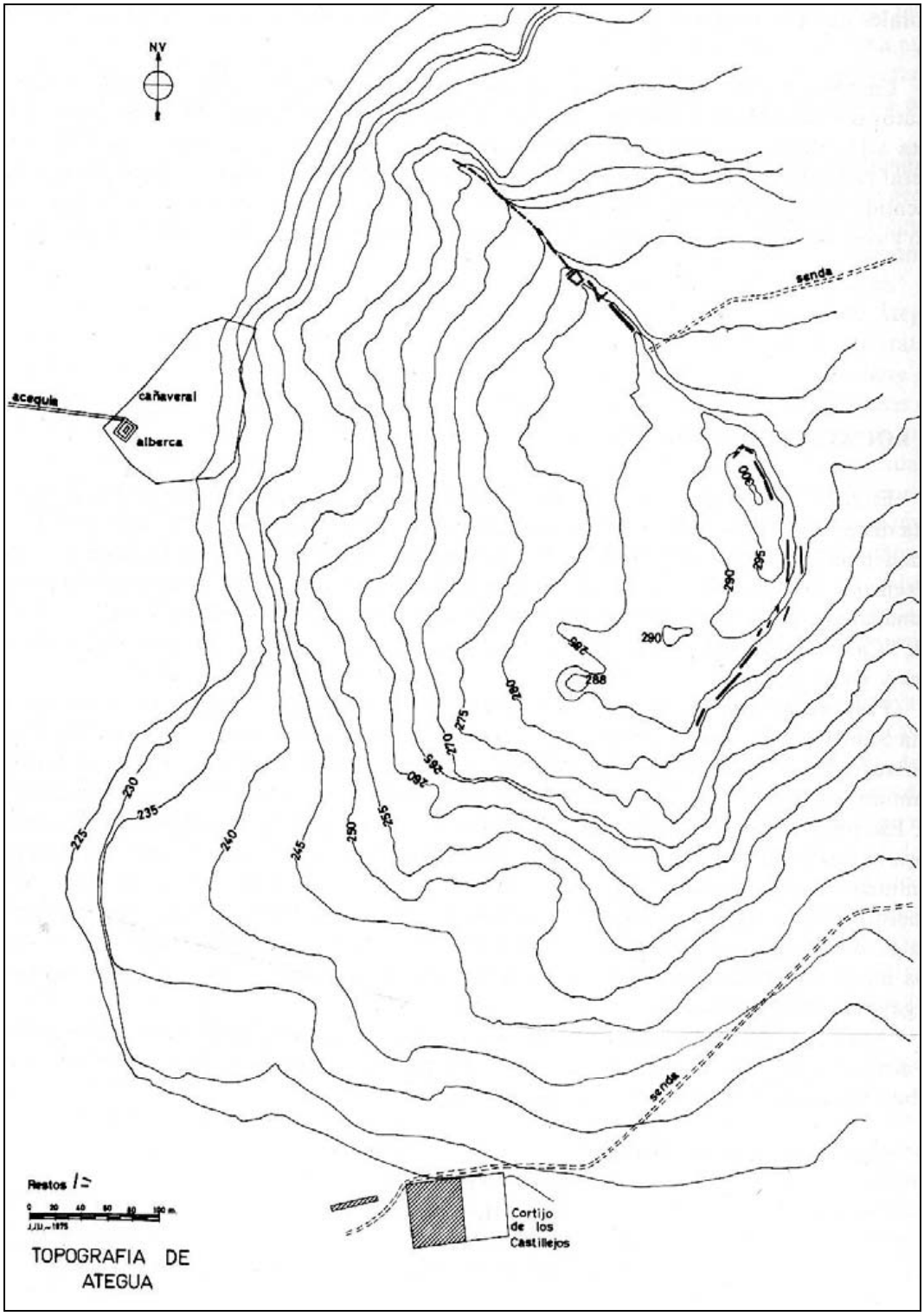

Fig. 1.- Ategua. Plano topográfico

[-104→105-]

Otra en que se leía:

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

P. CORNELIVS
PRIMVS
ANN
XXV P.I.S.H.S.E.
S.T.T.L.

(*CIL* II, 1564)

Glandes de plomo sin inscripción [28].

Una tégula con el nombre POTAMIC (Potamio [rum])/IMATOP MIC, lo cual es un mismo nombre repetido tres veces [29].

Un fragmento de ánfora con la marca IVL. MAX [30].

En 1933, don Rafael Castejón, don Félix Hernández y don Samuel de los Santos realizaron una breve campaña de excavaciones en lo alto del cerro del Castillejo de Teba. No se publicó memoria de ella, pero en el Museo Arqueológico de Córdoba hay un buen número de glandes de plomo y algunos otros hallazgos verificados entonces, ninguno de ellos de importancia especial. Con motivo de una "Historia de Córdoba" que conserva inédita el Ayuntamiento de la ciudad, don Samuel de los Santos escribió lo siguiente a propósito de sus excavaciones de Ategua: "Vimos las calles y manzanas de casas con mégaron y sótanos que aún ocultaban las balas de catapultas y glandes con que le combatió Pompeyo. Aún quedan visibles los silos que dice Varrón construían junto a la muralla para guardar el trigo y el mijo. Del fondo de una de las casas se trajo al Museo un altarcito de piedra caliza y un pie de piedra, exvoto *itinere facto*". Aisladamente anota, además, "glandes con FERI CAESAR"; de éstas no hemos encontrado en el Museo ejemplar alguno.

El hallazgo de proyectiles es un fenómeno que se produce sin cesar en el "Castillejo de Teba", atestiguando las actividades militares que los romanos desplegaron en esta localidad (véase infra § 6).

Si se acepta la ecuación Ategua-Teba en virtud de los argumentos expuestos y de otros que aduciremos al tratar de la topografía del yacimiento, se puede resolver una cuestión que plantean las ediciones del *BH*. La mayoría de las más acreditadas (las de Holmes, Du Pontet y aun la de Way, la más reciente) sitúan Ategua a distancia de unos dos mil pasos del Guadajoz en virtud de un importante pasaje del & 7: *Haec loca sunt montuosa el natura impedita ad rem militarem*; *quae planitie dividuntur*, *Salso flumine*, *proxime tamen Ateguam ut flumen sit circiter passus duo milia*. *Ex ea regione oppidi in montibus castra habuit posita Pompeius in conspectu utrorumque oppidorum*, *neque suis ausus est subsidio venire*. Los dos *oppida* a que se alude en esta última línea son Ategua y Ucubi, ambos mencionados antes por el autor. Según esto, Ategua se encontraba a unas dos millas (3 km.) del río Guadajoz. Pero ya Klotz, y antes de él Hoffmann, habían puesto el punto después de *Ateguam ut flumen sit* en lugar de hacerlo detrás de *milia*, con lo que la distancia de *circiter passus duo milia* quedaba referida a la oración siguiente, que precisa la situación del segundo campamento de Pompeyo. Esta última es la lección que la topografía avala, pues Teba dista unos 800 m. del río, y éste no ha podido tener antiguamente otro cauce más al sur, ya que por este lado la ribera se eleva de modo continuo y considerable. La lección correcta ha de decir, pues, *quae planitie dividuntur*, **[-105→106-]** *Salso flumine*, *proxime tamen Ateguam ut flumen sit*. *Circiter passus duo milia ex ea regione oppidi in montibus castra habuit posito Pompeius*.

[28] *CIL* II, 4965, 2.
[29] *CIL* II, 4967, 20.
[30] *CIL* II, 4968, 5.

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Los estudiosos de César y de sus campañas, ante el peso de los argumentos que permiten situar Ategua en el "Castillejo de Teba", no han vacilado en trazar el mapa de la referida campaña sobre la actual topografía del cerro y de sus aledaños. El coronel Stoffel en 1863, bajo los auspicios de Napoleón III [31], y poco más tarde el coronel americano Theodore A. Dodge (éste en 1892) diseñaron el mapa que con poquísimas variantes fue adoptado y publicado por el general Lammerer en el comentario al *BH* (edición de Klotz), y por Schulten en su reproducción del texto de Klotz en el tomo V de las *Fontes* [32].

En el croquis de Dodge (fig. 2) la línea de crontravalación trazada por César parte de los lados menores de su campamento (A) y circunda Ategua apoyándose en el río, que constituye el tramo meridional del circuito. El círculo es lo bastante amplio para que los proyectiles incendiarios de los pompeyanos no puedan alcanzar los techos de paja de las cabañas en donde se guarecían las tropas, y para que éstas ocuparan posiciones ventajosas en caso de ataque simultáneo por el frente y por la retaguardia. Al suroeste de la ciudad, y en contacto con la muralla de ésta, Dodge sitúa el largo rectángulo del agger (B) que César mandó levantar en los comienzos del asedio y con el que no logró el resultado apetecido.

Los tres puntos en que sucesivamente acampó Pompeyo están señalados (C, D, F) al norte y al sur del Guadajoz, el primero al oeste del campamento de César, el segundo entre Ategua y Ucubi, el tercero en el cerro a cuyo pie se tuerce hacia el noroeste el curso del río. Entre los campamentos D y F se sitúa Castra Postumiana. El punto señalado con la letra G, al norte del río, corresponde a la posición establecida por Pompeyo en la vecindad inmediata de las líneas de César.

TOPOGRAFÍA Y RUINAS

Los restos de la ciudad antigua cuya acrópolis o ciudadela lleva hoy el expresivo nombre de "Castillejo de Teba" están situados sobre una loma de reborde granítico, escalonado, que domina los llanos y barrancos vecinos. Hacia nordeste se suceden otros cerros de topografía similar, cualquiera de ellos apto para un establecimiento antiguo que buscase un solar de fácil defensa contando con agua abundante y accesible. El autor del *BH* reconoce esta condición de la Campiña cuando escribe: *Haec loca sunt montuosa et natura impedita ad rem militarem* [33]. La estampa, diseñada por un conocedor del terreno que ha experimentado además en él las vicisitudes de la guerra, corresponde plenamente a la realidad, incluso en un aspecto que en *FHA* V, 106, está mal transcrito y en V, 284 mal traducido, pues lo que en verdad dice respecto al agua el autor latino es que la **[-106→107-]** región estaba tan bien abastecida de ella, que los asedios resultaban

---

[31] Coronel Stoffel, *Histoire de Jules Cesar. Guerre Civile*, París, 1887. Cf. nuestro anejo, pág. 130 y ss.

[32] *F.H.A. y, frente pág. 116. La obra del coronel Dodge, publicada en 1892, ha sido objeto de una reimpresión fotostática: Theodore Ayrault Dodge, Caesar* (serie "Great Captains"), New York, Biblio and Tannen, 1963, 2 vols.

[33] *B.H.* 7, 3 y además el 8: *Accedebat huc, ut longius bellum duceret Pompeius, quod loca sunt edita et ad castrorum munitiones non parum idonea. Nam fere totius ulterioris Hispaniae regio propter terrae fecunditatem et non minus copiosam aquationem inopem difficilemque habet oppugnationem. Hic etiam propter barbarorum crebras excursiones omnia loca quae sunt ab oppidis remota turribus et munitionibus retineníur, sicut in Africa, rudere non tegulis teguntur; simulque in his habent speculas et propter altitudinem late longeque prospiciunt. Item oppidorum magna pars eius provinciae montibus fere munita el natura excellentibus locis est constituta, ut simul aditus ascensusque habeat difficilis. Ita ab oppugnationibus natura loci distinentur, ut civitates Hispaniae non facile ab hoste capiantur; id quod in hoc contigit bello.*

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

infructuosos y difíciles. Para lo relativo a las torres y fortalezas que protegían la Campiña contra las incursiones de los bárbaros (esto es, de los lusitanos), ha hecho falta otro buen conocedor de la comarca —don Juan Bernier— para descubrirlas a docenas y trazar la carta de su distribución por toda ella [34].

La especial ventaja del cerro de Teba radicaba seguramente en poseer un manantial copioso, que aun hoy, y en los rigores del estío, produce un fresco y grueso chorro de agua. Una alberca redonda, de muros de sillería y caños de plomo, bastante bien conservada, recoge el agua en la vertiente noroeste del cerro, en terrenos de la Huerta de Teba. El lugar está rodeado de un cañaveral (véase "cañaveral" en el plano fig. 1) tan espeso, que la visita resulta difícil y aun no exenta de riesgos.

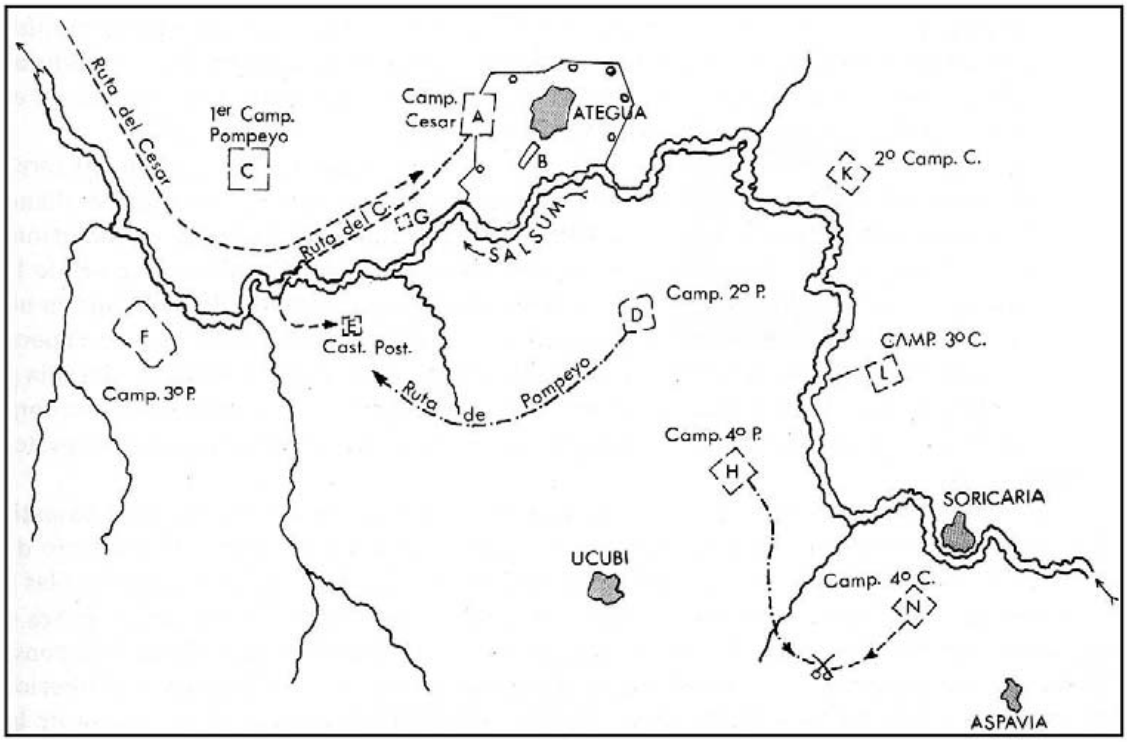

Fig. 2.- Croquis del asedio de Ategua, según Dodge.

Con agua abundante, emplazamiento bien guarnecido, y tierras excelentes para la agricultura y la ganadería, no es de extrañar que el cerro de Teba albergase una gran población desde tiempos mucho más remotos que la venida de los romanos a España.

El perfil de la loma tiene sus flancos más abruptos por el norte (donde ha sido modelado por el cauce de un arroyo) y por el este; los más asequibles por el oeste y por el sur, es decir, por los lados que miran al Guadajoz, que discurre a distancia de un kilómetro escaso. Pero aun por estos lados hay escalones con afloramientos graníticos, que protegen el cerro con una muralla natural fácil de convertir por obra humana en un valladar infranqueable. El contorno ovalado del cerro presenta una lengua saliente por el norte y otra menos larga por el oeste, cada una de ellas con su pedestal granítico. En **[-107→108-]** suma, la loma entera constituye una fortaleza natural mucho más impresionante de cerca que de lejos.

[34] *Primavera*, 12 (Córdoba, 1966), mapa frente pág. 24; FORTEA, J. y BERNIER, J., *Recintos y fortificaciones ibéricos en la Bética*, Salamanca, 1970.

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

En un punto del suroeste, hemos buscado la base de uno de esos escalones graníticos que están rematados por una muralla de mampostería, y comprobado que la roca cortada a pico tiene aquí una altura de 2,70 m. El muro es de 0,80 m. de espesor, muy poco para ser parte de las defensas exteriores de la ciudad. Y en efecto, en una cata efectuada a un centenar de metros de distancia, fuera del cerro, ha aparecido una muralla solidísima, de piedras grandes y de 1,70 m. de espesor. En consecuencia, por este lado al menos, el recinto fortificado de Ategua, ya desde época muy remota (los siglos VIII-VI a. C.), no se limitaba al cerro propiamente dicho, sino que abarcaba parte de los llanos colindantes hasta el cortijo próximo como lo muestra la fotografía aérea (lám. I, 1). En el suelo esta muralla queda totalmente oculta por tierras de labor. Nosotros la encontramos al hacer una cata en un desnivel del terreno por donde el coronel Dodge situaba el *agger* de César.

Por donde el más alto de los escalones del cerro dejaba asomar paredones graníticos, éstos fueron utilizados como cantera de piedra, según se aprecia en las entalladuras (lám. I, 3). Lo muy erosionado de las superficies indica que esta labor de extracción es relativamente antigua, sin que podamos precisar cuánto.

Por consiguiente, en zonas como esta hay que contar con que la corona del cerro haya sido recortada y que la muralla haya desaparecido. Creemos que todo el plano superior, incluso por su lado oeste, ha estado fortificado como acrópolis de la población. Quizá fue lo único que los árabes utilizaron en su ocupación del Castillejo. Siguiendo la línea teórica de esta muralla, hemos limpiado e iniciado la excavación del lado sur en un escalón que nos reveló una puerta con restos de construcción y utilización hasta en época musulmana, pues entre las muchas piedras de sus muros derruidos la cerámica vidriada y las tejas eran tan frecuentes como los restos romanos e ibéricos. La zona es merecedora de trabajos más amplios por la monumentalidad de sus muros de sillería y de mampostería (lám. I, 2).

En la continuación de esta línea hacia el este se encuentran los restos más llamativos: un muro descarnado, de piedras y barro, coronado de un parapeto de hormazo de un metro de ancho, conservado en un trecho de 5,60 m. (fig. 3 y lám. II, 3). Piedrecillas y tiestos de cerámica ibérica forman cuerpo con la tierra apisonada. A intervalos breves y regulares se abren en el parapeto cinco ventanucos, como troneras, cuyo dintel está constituido por una piedra plana, embebida en el hormazo, pero no recubierta por el interior del vano. La observación superficial no nos ha permitido solucionar el problema de la cronología de esta obra, pues toda la cerámica que recogimos en ella o era ibérica o podía serlo. Es inevitable ante esta reliquia de ingeniería primitiva recordar el famoso pasaje de Plinio: "¿Acaso no hay en África y en España muros de tierra llamados hormazos, porque se hacen en una horma de dos tablas y más se moldean que se construyen? Estos muros duran siglos, y son más duros que cualquier cemento, sin que los alteren ni las lluvias, ni los vientos, ni los incendios. España admira aún hoy las atalayas de Aníbal y las torres de tierra levantadas en las cimas de las montañas. De esta materia son también los parapetos de las fortificaciones castrenses y los diques que se levantan contra el ímpetu de los ríos" [35]. **[-108→109-]**

[35] Plin. XXXV, 48: *Quid? non in Africa Hispaniaque ex terra parietes quos appelant formaceos, quoniam in forma circumdatis utrimque duabus tabulis inferciuntur venus quam instruuntur, aevis durant, incorrupli imbribus, ventis, ignibus, omnique caemento firmiores? Spectat etiam nunc speculas Hannibalis Hispania, terrenasque turris iugis montium impositas. Hinc et cespitum natura, castrorum vallis accommodata, contraque fluminum impetus aggeribus*. GARCÍA y BELLIDO, *La arquitectura entre los iberos*, Madrid, 1945, 42 *y* s. se resiste a admitir lo que Plinio dice sobre la consistencia del hormazo o tapial, y piensa que el naturalista ponderó su resistencia "acaso exgerando un poco". Es curioso que no reparase tampoco en que la muralla *romana* de Ampurias está hecha de ese material.

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Ahora bien, a una distancia de unos treinta metros hacia el sur, en la línea de este parapeto de hormazo, extrajimos de lo que podría ser la continuación del mismo, un buen trozo de cerámica morisca pintada, lo que nos hace poner en duda la antigüedad de aquél. Por otra parte, cuesta trabajo creer que el Castillejo tuviese en época musulmana tanta importancia como para hacer unas obras de fortificación de esta magnitud, a menos que se encontrasen ya hechas en su mayor parte. Quede por ello la cuestión pendiente de una investigación más minuciosa.

Este es el punto más alto de todo el cerro del Castillejo de Teba, en la cota de 300 m. Detrás del parapeto, a una distancia de 11 m. hacia el oeste, se encuentra la base de una torre de sillería que suponemos descubierta en las excavaciones de hace cincuenta años. Esta torre mide 6,3 m. por 4,5 y sus muros alcanzan el metro de ancho (fig. 3). Su entrada, por el oeste, está precedida de un pasillo de mampostería, del que se conservan los arranques de los muros en una longitud de 2,10 m. Pudiera ser un *castellum aquae*.

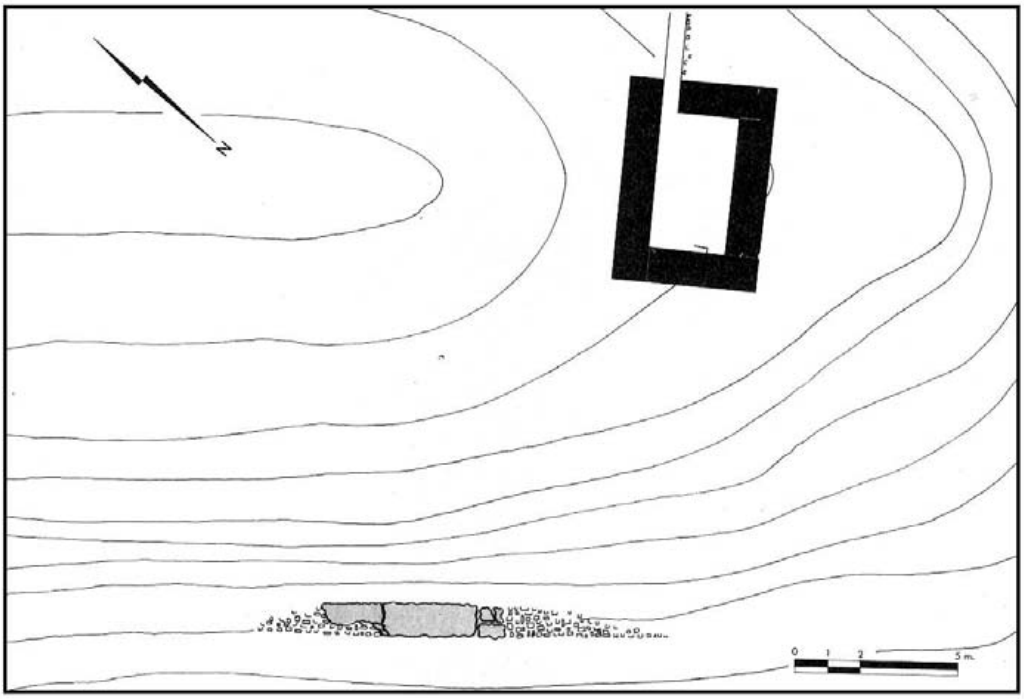

Fig. 3.- Ategua, muro con parapeto de hormazo y torre.

Siguiendo hacia el norte la línea de las murallas por la senda que bordea la falda de la ladera oriental de la colina, se hace más sensible la diferencia de nivel entre la meseta y el llano. La razón de ello es que éste, en la parte llamada Barranco del Búho, desciende hacia el arroyo del norte en una cuesta más pronunciada que la pendiente del cerro. Para averiguar las causas de aquel alto escalón, y habiendo observado antes en la cima restos de construcciones, procedimos a limpiar el suelo de la tupida maleza que lo cubría. Con sólo esto, y sin realizar excavación alguna, quedaron al descubierto los más monumentales restos superficiales de todo el yacimiento. Aun en la forma incompleta como estos restos se han descubierto y registrado en el plano, y sin que el aparejo se diferencie mucho de los otros tramos de muralla —salvo en las dimensiones mayores de los **[-109→110-]**

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

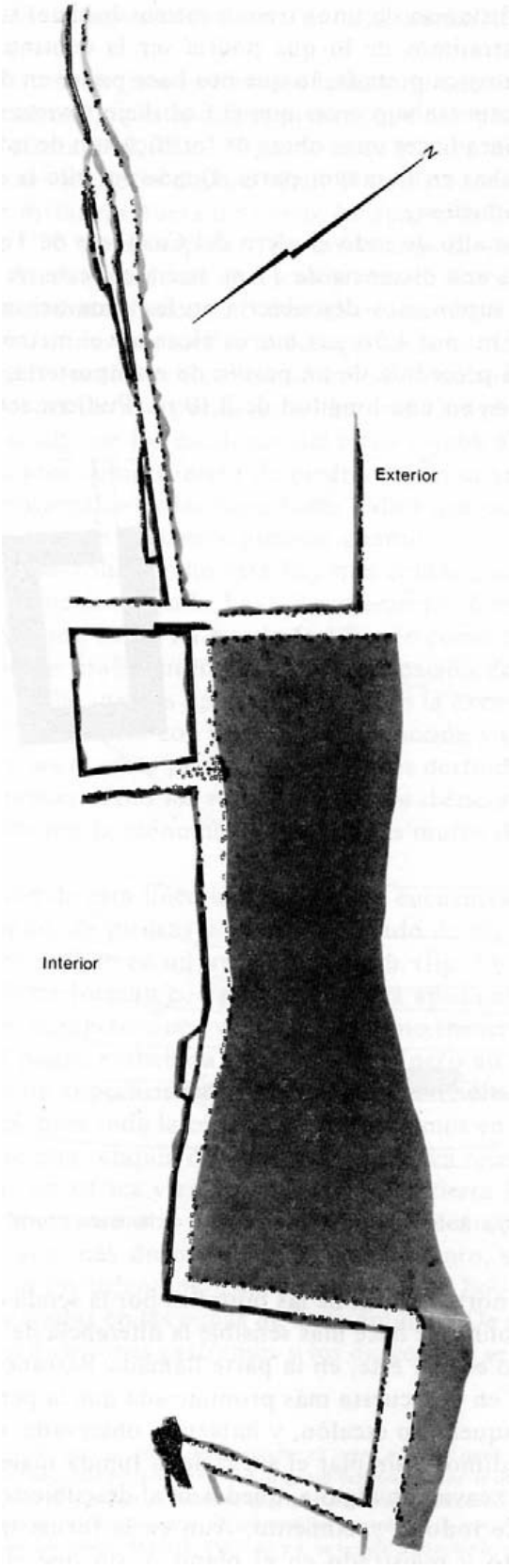

Fig. 4.- Fortificaciones de Ategua por el Barranco del Búho.

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

[-110→111-] mampuestos y el gran espesor de los muros— la obra parece aquí dirigida por una ingeniero militar (figs. 4 y 5 y lám. II, 2 y 3).

El contorno del cerro está coronado por un muro de ocho metros de espesor, atravesado por pasos perpendiculares de dos metros de ancho que permitirían sin agobio el tránsito de caballerías. Un resalte lateral, en la base de la pared de uno de estos pasos (fig. 5), forma una especie de banco o acera que se inicia desde fuera con una altura de 0,70 m. Por fuera de este muro corre otro, de anchura no determinada, pero bien marcado por el relieve del terreno. Lo separa del primero un camino de ronda, del mismo ancho que los pasos (dos metros). Desde aquí se proyectan hacia el exterior grandes torres o cubos rectangulares hasta alcanzar la base de la abrupta ladera.

Por este lado la ciudad forma una altísima terraza sobre los terrenos del exterior. Tal y como cabe imaginar el aspecto original de estas fortificaciones, y teniendo en cuenta lo menudo del aparejo, que impide atribuir a los muros grandes alturas (aun cuando la tengan de hecho por el elevado escalón que forma el terreno), parece natural que estuvieran coronados de adobe o de tapial, como en el tramo ya descrito en la cota 300, o de torres de madera. Tal supuesto puede encontrar confirmación en este pasaje del *BH*: *Ita corona circumdata pugnatum est aliquandiu vehementissime*, *simulque ballista missa a nostris turrem deiecit*, *qua adversariourm qui in ea turri fuerant quinque deiecti sunt et puer*, *qui ballistam solitus erat observare* (*BH* 13, 7).

Al pie de la cara externa de la muralla interior se observan en algunos puntos unos resaltes en cuesta sobre cuyo objeto no nos atrevemos a formular hipótesis (lám. II, 2).

Los accesos en rampa que flanquean las torres proyectadas hacia el exterior como primera defensa, tienen una pendiente tan acusada, que la subida por ellas resulta difícil e incómoda, a lo que también contribuyen las muchas piedras que los cubren Cabe en lo posible que alguno de estos accesos en rampa, o todos ellos, resulten ser escaleras.

Para mayor claridad, y con todas las salvedades del caso, cabe reconstruir este sistema de defensas como una triple línea de elementos: torres exteriores, muralla intermedia y muralla interior separada de la primera por un camino de ronda. Aun es probable que delante de las torres pasase un foso o *vallum* que dificultase una labor de zapa. Con este dispositivo no extraña que César no lograse penetrar en Ategua hasta que las desavenencias entre sus defensores le abrieron las puertas.

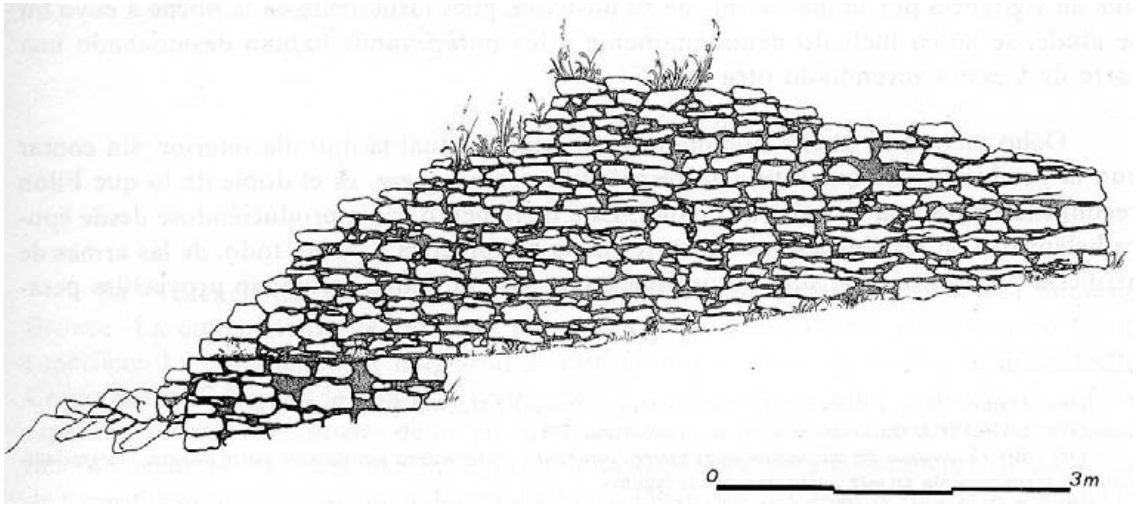

Fig. 5.-Paso perpendicular en la muralla interior de Ategua.

[-111→112-]

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

El material de construcción de las torres y murallas es el granito que tanto abunda en la localidad, piedras y lajas irregulares con las que construían los paramentos de los muros en hiladas horizontales, en tanto que para los macizos del interior se utilizaba un relleno de piedras y tierra como se ve en las zonas descarnadas. El tamaño de los mampuestos exteriores oscila entre 70 por 20 cm. y 20 por 5; en los resquicios se intercalan piedras incluso más pequeñas que estas últimas. Ahora bien: las esquinas y los cimientos de los muros y torres están edificados con piedras mayores, a veces verdaderos sillares, labrados y ajustados con esmero. Estas zonas básales se adelantan en talud hacia el exterior de los muros. Es incluso posible que la inclinación se mantuviese en toda la cara. En cambio, los paramentos que dan al interior de la ciudad eran verticales, como muestra el ejemplo de la fig. 5, y acaso estuvieses respaldados por un *agger*.

La doble muralla no tiene nada de extraño en la ingeniería urbana de la época. Los orientales la utilizaban desde el segundo milenio y baste citar como ejemplos Hattusas, Senzirli y Babilonia. Del Oriente la adoptaron los cartagineses (Apiano 95 y ss.) y de éstos varias ciudades de Italia como Pompeya [36], Alba Fucens, Segni [37], etc.

Su existencia en la Ategua asediada por César aparece documentada por el *BH* en el pasaje donde se afirma que, estimulados por un mensaje del interior de la ciudad, algunos soldados de César creyeron que no les sería difícil adueñarse de ella. Con este propósito comenzaron a minar el muro y lograron que una buena parte del primero se derrumbase [38].

La reconstrucción de los restos consignados en el plano de la fig. 4 es harto difícil y problemática. La muralla exterior parece más estrecha que la interior y situada en un plano o terraza más baja, como la de Pompeya. La torre del lado oriental (torre o plataforma para una torre de madera, como la que se vino abajo al ser alcanzada por una *ballista*) arranca de la muralla interior; la que se adivina por el lado opuesto parte, en cambio, del muro exterior, a menos que el camino de ronda la atravesase por un pasadizo abovedado. Siendo así, hay que suponer que la muralla exterior siguiese una línea de meandro que abrazase los pies de las torres.

La poca altura de la muralla exterior, al menos en algunas zonas, esta documentada por un pasaje del *BH* en el que una madre de familia se arroja del muro para pasarse al bando de César [39]. Ello sólo pudo ocurrir en una zona como ésta, no precisada de mucha vigilancia por lo inaccesible de su posición, pues justamente en la noche a cuyo fin se alude, se había luchado denodadamente y los pompeyanos habían desmochado una torre de César e incendiado otra [40].

Ocho metros de ancho que mide en su estado actual la muralla interior, sin contar con la posibilidad de que estuviese respaldada por un *agger*, es el doble de lo que Filón recomienda para una muralla de ciudad. Este incremento venía produciéndose desde época helenística en respuesta a los adelantos de la poliorcética y, sobre todo, de las armas de artillería (catapultas, balistas, escorpiones, onagros, etc.) que arrojaban proyectiles **[-112→113-]** pesados, o muy penetrantes, o incendiarios. La instalación de estas

---

[36] Maiuri, "Studi e ricerche sulle fortificazione di Pompei", *MonAnt* XXXI11, 2, 1930.

[37] SAFLUND, G.: *Le mura di Roma republicana*, 275.

[38] *BH* 13: *postero die ad murum opus facere coeperunt et bene magna prioris muri parte deiecta...* Desgraciadamente el texto presenta en este punto una de sus lagunas.

[39] *B.H.* 19: *Insequenti luce materfamilias de muro se deiceit et ad nos trastulit*.

[40] Idem. *Vigilia secunda propter multitudinem telorum turris lignea, quae fuisset, ab imo vitium fecit usque ad tabulatum secundum et tertium. Eodem tempore pro muro pugnarunt acerrime et turrim nostram ut superiorem incenderunt*.

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

máquinas en los muros hacía insuficiente la anchura tradicional de los cuatro metros. La descripción del *BH* deja bien claro que la pugna entre César y Ategua es una guerra de máquinas por ambas partes. Los proyectiles de plomo y las bolas de piedra que se encuentran dentro y fuera de la ciudad {fig. 6 y lám. II, 1) dan fiel testimonio de lo sucedido. Cesa tiene la ciudad sometida a un intermitente bombardeo mientras sus fuerzas construyen el *agger* y abren los túneles. Por su parte, los pompeyanos cavan contraminas y tratan por todos los medios de incendiar el *agger*, las torres de asalto y las cabañas en donde el enemigo se guarecía del intenso frío reinante. Además de esto, en su quehacer cotidiano entra el bombardeo nocturno, como señala expresamente el cronista (Cf. nota 12). Para la efectividad de este intercambio de golpes eran precisas unas murallas como las que han dejado en el terreno estos vestigios.

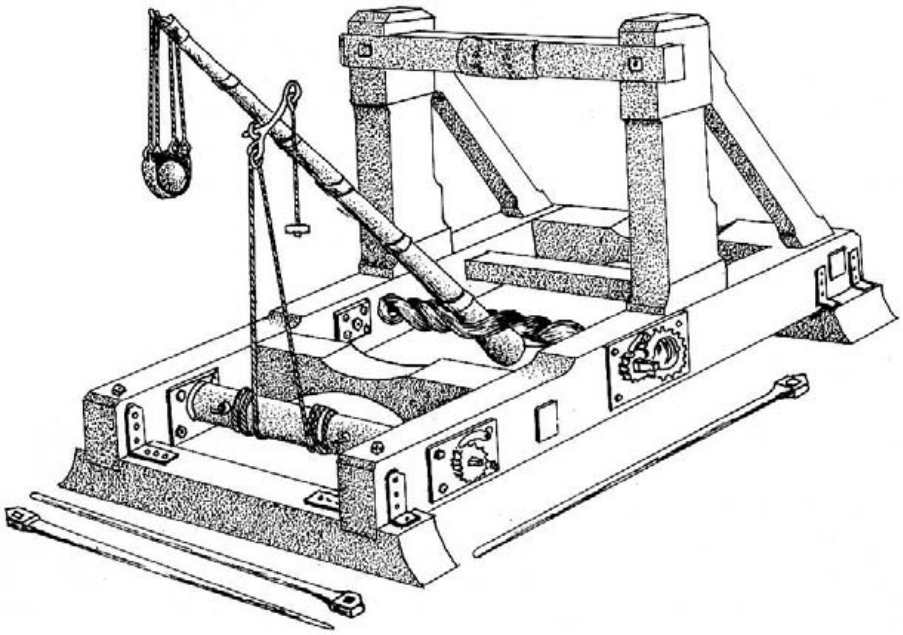

Fig. 6.- El onagro de la artillería romana.

La existencia de una población en Ategua se remonta por lo menos a la Edad del Bronce. La ciudad tenía ya entonces una muralla de piedra, pero no la que asoma en superficie. La complejidad y magnitud de esta última acreditan lo avanzado de su fecha. Como antes decíamos la muralla respondió con plena efectividad a lo que de ella se esperaba: resistir los embates de un enemigo en posesión de una eficiente técnica poliorcética (de hecho la más eficiente que el mundo ha conocido hasta la invención de las armas de fuego). Esa técnica la habían desarrollado los Diádocos sirviéndose de todos los adelantos de la ciencia helenística; Aníbal la había adoptado y perfeccionado; los romanos también la habían hecho suya. La puesta al día de las murallas había sido una constante **[-113→114-]** preocupación de todas las ciudades, empezando por Roma misma. A principios del siglo IV a. C. reemplaza su antiguo sistema de *agger et fossa*, o muros "servianos", por una muralla de *opus quadratum*. Ello la deja en condiciones de hacer frente a los avatares de la Guerra Annibálica a fines del siglo III. Pero ya cincuenta años más tarde no es considerada suficiente y se ve sometida a un incremento en altura y espesor que la deja en condiciones de cumplir sus fines en la Guerra Social y más tarde en la Civil. A este período hay que asignar también la muralla de Ategua.

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

El *BC* deja bien claro que se trata de una ciudad de romanos, con la ordenación social y económica propia de éstos. Un patricio local, durante el cerco, acompaña a César en su campamento. Es un hombre rico, cuya esposa ha quedado en la ciudad y muere a manos de uno de sus esclavos. Este siervo infiel será luego objeto de la máxima pena (*BC* 18 y 20). Las familias romanas tenían ya en sus manos toda la riqueza agrícola de la Campiña. Sus siervos secundaban a Pompeyo con la esperanza de obtener la libertad a cambio de su traición.

Ategua no tuvo tiempo de llevar a cabo la obra de sus murallas cuando ya el asedio de César era inminente. Así lo testifica el autor del *BC* cuando la califica de firmísimo baluarte de Pompeyo antes de que César pusiese en ella sus miras. Tampoco hay razón para atribuirla al miedo a los bandoleros lusitanos, que luchaban al modo antiguo, tomando las ciudades por sorpresa o por hambre, pero no con torres de asalto ni con bombardeos de artillería. Queda como única alternativa la incertidumbre de la época de las Guerras Civiles, tanto la de Mario y Sila, con su secuela sertoriana, como la de Pompeyo y César, que en el 45 llevaba varios años de duración y amenazaba sin rodeos a todas las ciudades de la Bética.

HALLAZGOS DE SUPERFICIE

1. Cabeza de caballo, de arenisca, bastante rodada y arañada por el arado. Longitud 40 cm.; alto, 32. Tiene en lo alto de la cara el grafito moderno FRENT, grabado por algún bromista que quiso estampar en ella el dicho tan perjudicial para las esculturas antiguas de animales: "frente al toro está el tesoro", dicho que impulsa a los labradores a hacer añicos las estatuas que encuentran para extraer de ellas el consabido tesoro. Apareció en el llano a unos quinientos metros de los muros de Ategua; después de mucho rodar en superficie fue recogida por Antonio Pastor Serrano, del cortijo de Camarrilla, de quien la adquirimos por mil pesetas (lám. III, 2 y 3).

2. Cabeza de Venus, de mármol, romana. Buena calidad, aunque muy mutilado el rostro. Encontrada por un obrero del cortijo de Teba en un montón de piedras cerca del arroyo que separa dicho cortijo del cerro del Castillejo de Teba, por tanto a más de medio kilómetro de la ciudad antigua. El obrero la regaló al arquitecto de Córdoba don Enrique Tienda, quien a su vez la entregó al Museo.

3. Fragmento de la cabeza de un toro (lám. III, 4). Arenisca. Longitud y anchura máximas 12,5 cm. El fragmento comprende el hocicó y la mandíbula superior hasta cerca de los ojos. El animal tenía la boca abierta, sin dientes; cada una de sus fosas nasales está representada por dos hendiduras en forma de comas. Hallada en lo alto del Castillejo, cerca del corte I de nuestra excavación.

4. Bajorrelieve de arenisca. Alto, 23 cm; ancho, 14,5; espesor, 8 cm. El motivo, poco claro, parece la cabeza y las patas delanteras de una cierva corriendo. Hallado al pie de la ladera meridional del Castillejo. **[-114→115-]**

5. Un trozo de granito medio descompuesto, de 17 por 13,5 cm. y 7 de espesor. En una de sus caras parece haber tenido grabada una voluta.

6. Fragmento arquitectónico de arenisca. Alto, 20 cm.; ancho, 13; espesor máximo, 10,5; id. mínimo, 7 cm. En la cara principal, plana, una moldura en forma de media caña. Hallada en lo alto del Castillejo.

7. Cuatro proyectiles de onagro, de granito, que pesan 3,250 kg., 1,10 kg., 3,700 kg., 4,100 kg. (lám. III, 1, de izquierda a derecha).

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

ESTRATIGRAFÍA. CORTE I

Cuando los romanos se establecieron en el Castillejo de Teba, el cerro llevaba varios siglos de ocupación. Así hemos podido comprobarlo en dos calas estratigráficas y así lo ha confirmado poco después el hallazgo en un llano próximo de una estela sepulcral del conocido tipo de Solana de Cabañas.

El corte I consistió en la excavación en profundidad de un cuadrado de cinco metros de lado en el reborde suroeste de la acrópolis, cortado ya de antemano en sentido casi vertical por los agentes de la erosión. En lo alto del mismo asomaba el muro de mampostería consignado en el esquema (fig. 7). En el curso de la excavación distinguimos trece niveles, algunos de ellos susceptibles de fundirse en un solo horizonte arqueológico por obedecer a las transformaciones normales en todo lugar de habitación.

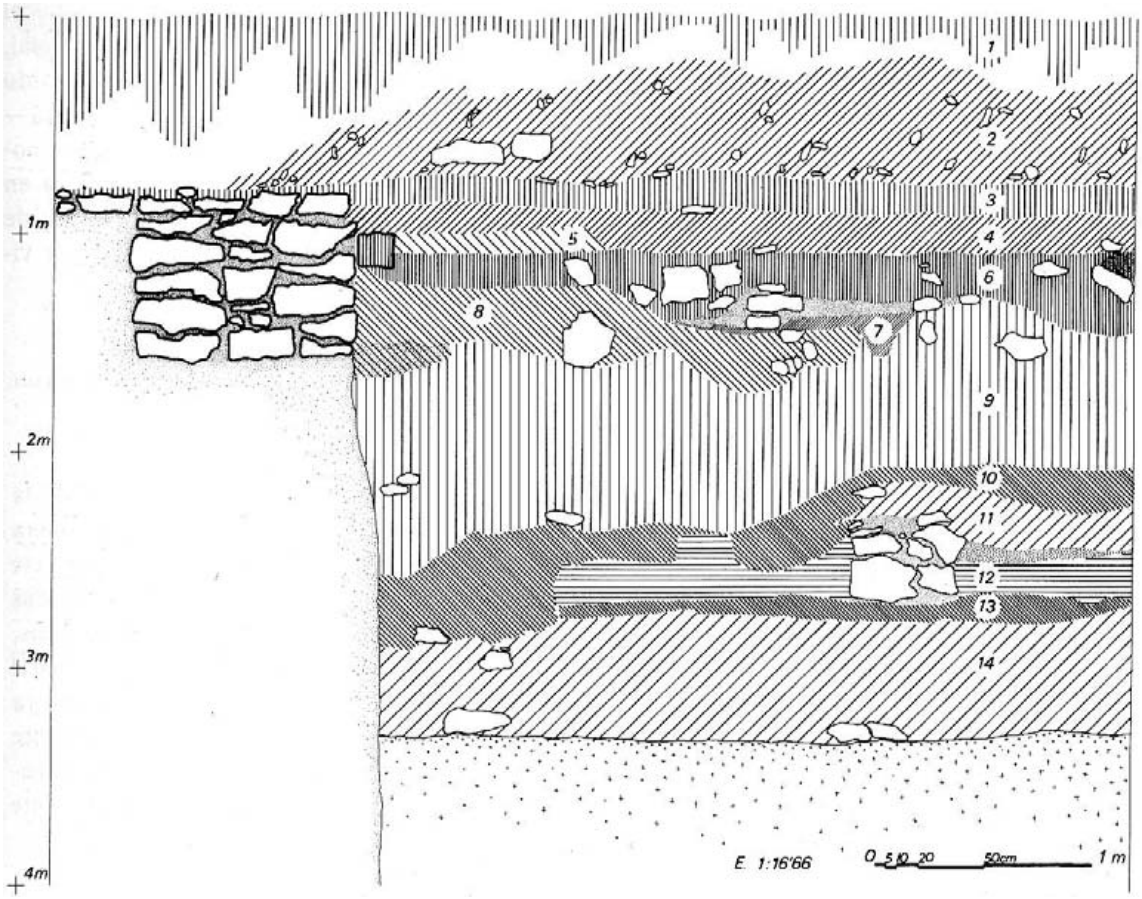

Fig. 7.- Corte I, estratigrafía.

[-115→116-]

ESTRATO 1. Tierra vegetal de superficie, de color gris oscuro y profundidad variable, tendente a aumentar hacia el oeste.

ESTRATO 2, Tierra compacta blanquecina con materiales entremezclados.

ESTRATO 3. Tierra compacta gris, con un hogar protegido por piedras y restos de un piso de barro endurecido. Abundaba en él la cerámica amarillenta sin pintar, y también la gris. La boca y el asa de un ánfora de la forma Dressel I sugieren la formación de este estrato en el último siglo de la República, cuando acaso ya no existía la casa a que perteneció el muro visible en el corte.

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Fig. 8, 1: Fragmento del borde una taza de barniz negro, "campaniense".
Fig. 8, 2: Idem, de un vaso de paredes finas, con labio deslindado, convexo por fuera y cóncavo por dentro.
Fig. 8, 3: Idem, de una olla de cerámica grisácea.
Fig. 8, 5: Idem, de un vaso para beber. Tanto este vaso como la olla anterior tienen sus equivalencias en Itálica [41].
Fig. 8, 4: Asa de un ánfora de la forma Dressel I.
Fig. 8, 6: Borde de la misma o de otra de igual forma.

ESTRATOS 4 y 5. De color gris plomizo, representa la que fue probablemente última fase de una casa construida en época ibérica, concretamente en el estrato 8, como se puede constatar en la trinchera de cimentación del muro consignado en el croquis. En estas última fase, sus ocupantes echaron un suelo de terrazo amarillento, muy bien conservado en las inmediaciones del muro, y discontinuo en el resto de la habitación, por lo que alternaba con la tierra gris plomiza que define la mayor parte del estrato. Entre el piso y el muro se perfilaba una franja continua, de 16 x 16 cm. en su corte transversal, que pudo haber estado ocupada por una vigueta de sección cuadrada, que hubiera servido de marco al piso en cuestión. Los materiales —cerámica ibérica, campaniense y ática— indican que no hubo más solución de continuidad con los niveles inferiores que la renovación del piso en torno a un hogar que penetra en dichos niveles y que ya existía en éstos. La larga utilización del mismo hogar la demuestra la aparición entre sus cenizas de una moneda de Obulco, donde también se encuentran fragmentos de copas áticas y vidrios fenicios del siglo IV. :

Fig. 9, 2: Cuenco con una banda roja en el borde, forma 6 de Itálica [42].
Fig. 9, 3: "Vaso para beber" con tres bandas rojas.
Fig. 9, 4: Fragmento del cuerpo de un vaso cerrado, quizá de la forma 1 de Itálica, con líneas onduladas verticales.
Fig. 9, 5: Idem, del fondo y pared de un plato de cerámica gris.
Fig. 9, 7: Pared y borde de una escudilla de barniz negro.
Fig. 9, 8: Idem, de un plato de barniz negro.

ESTRATOS 6, 7 y 8. Representan las tres primeras fases de la ocupación de la casa y de la reutilización de un mismo hogar rodeado de piedras, entre ellas una cubeta rota y dos fragmentos de molinos barquiformes. El pavimento de la primera fase —estrato 8— estaba hecho de una tierra apisonada que es la misma que traba las piedras del muro de la casa. La cerámica pintada con bandas, segmentos de círculos concéntricos, líneas onduladas, etc., representa la facies típica de la cultura ibérica de los siglos V-III a. C. bien datada por la cerámica griega y los vidrios fenicios. Tiestos de un ánfora púnica estaban mezclados con la ceniza depositada en el fondo del hogar en el horizonte del nivel 7. Sin embargo, la aparición de una moneda de Obulco revela la larga utilización del hogar y la presencia en el mismo de elementos de varias épocas, ya que este mediano bronce difícilmente puede remontarse más allá del siglo II a. C. **[-116→117-]**

[41] LUZÓN, J. M.: *Excavaciones en Italica*, 1970, pág. 47, lám. XX y pág. 39, lám. IV.
[42] *Op. cit.*, pág. 42 1. IX.

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

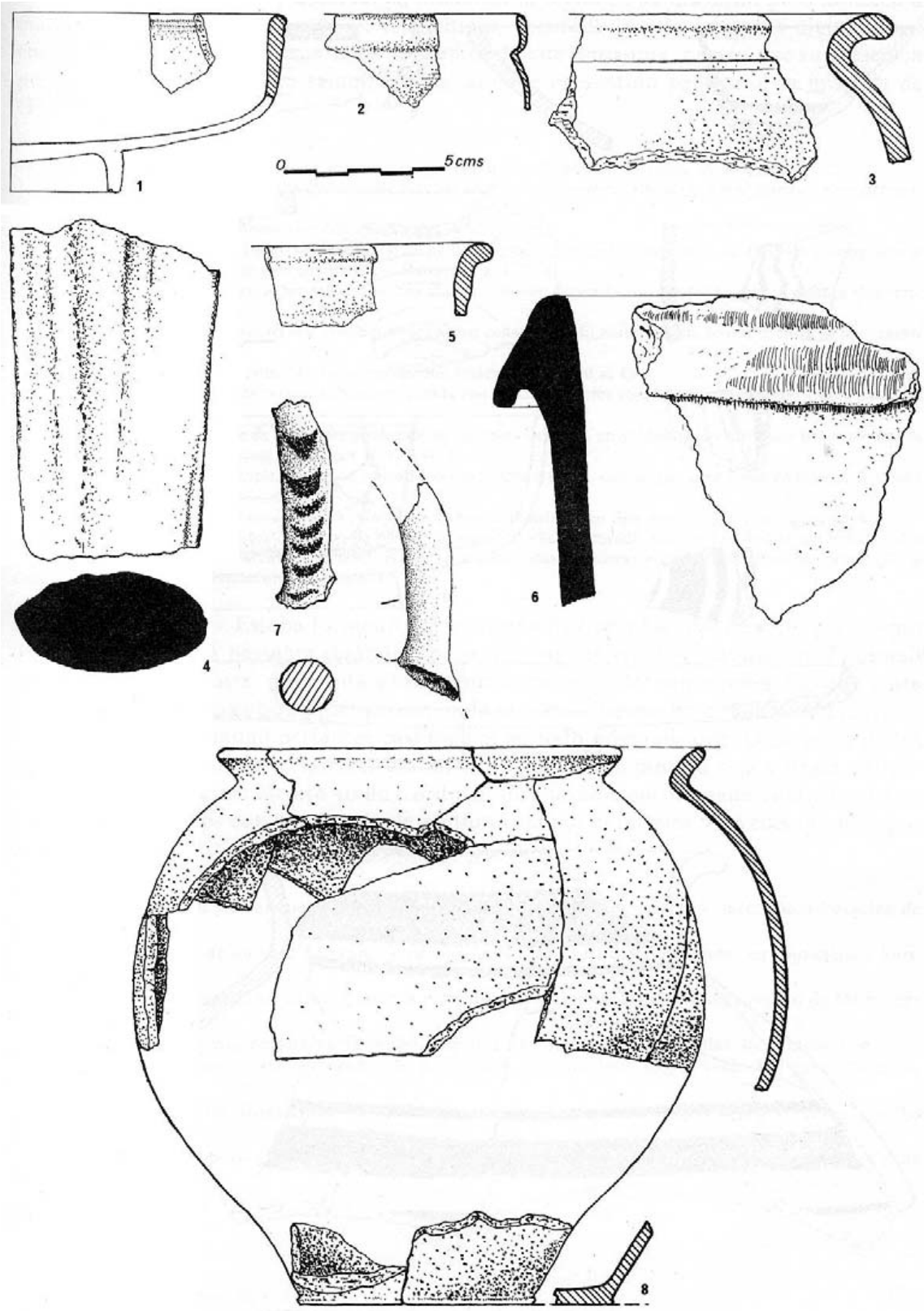

Fig. 8.- Corte I, materiales arqueológicos de los estratos 3, 6, 7 y 8.

[-117→118-]

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

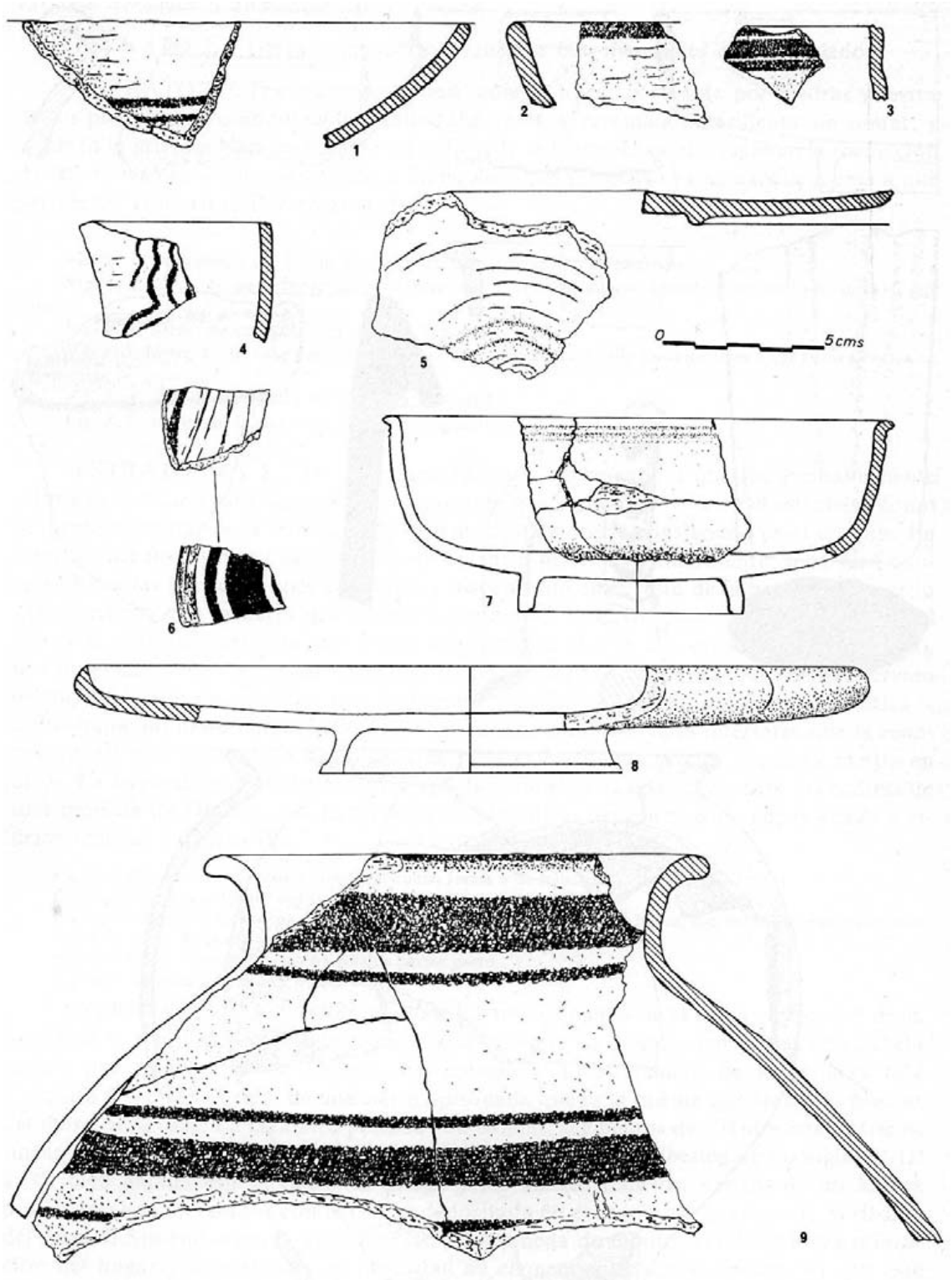

Fig. 9.- Corte I, materiales arqueológicos de los estratos 4, 5, 6, 7 y 8.

[-118→119-]

La cerámica era muy abundante, modelada a torno en su mayoría, pero también a mano. Omitimos un fragmento de esta última, decorado con impresiones digitales, así como otro con líneas incisas, ambos impropios de este horizonte, puesto que su presen-

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

cia puede ser accidental, como también lo es, aunque en sentido contrario, la moneda de Obulco.

Fig. 8, 7: Fragmento de un asa, de sección circular, con trazos de pintura en forma de crecientes.

Fig. 8, 8: Fragmentos de una olla globular, de barro grisáceo, sin decoración. Los fragmentos permiten reconstruir el pie y la parte superior. (.

Fig. 9, 1; Borde de un cuenco con dos líneas rojas en el interior.

Fig. 9, 6: Fragmento del fondo de un kylix ático de figuras rojas. Por dentro, el manto de un joven y parte de una roca o estela; por fuera, tres círculos concéntricos. Hacia 375 a. C.

Fig. 9, 9: Borde de una vasija ibérica cerrada, con el labio saliente, decorada con bandas anchas de pintura roja entre otras estrechas del mismo color.

Fig. 10, 1: Moneda de Obulco [43]. Mediano bronce, mal conservado. El letrero latino, borrado; en R. se lee "iskeraten uiubolai" [44].

Fig. 10, 2: Trozos de un pomo de vidrio policromo, fenicio. Hacia 400 a. C.

Fig. 10, 3-7: Fragmentos de cerámica ibérica decorada con bandas, círculos concéntricos, segmentos, trazos paralelos y aspas [45].

Fig. 10, 8: Boca y hombro de un ánfora púnica de un tipo muy frecuente en el Mediodía y que pudo haber servido de envase a salazones (Cf. R. Pascual en *AEspA* 42 (1969), 12 y ss.).

Fig. 10, 9: Pared de un recipiente grande y pesado, como ánfora o tinaja, con un grupo de líneas onduladas verticales y quizá una banda horizontal.

Fig. 10, 10: Asas y pared de un ánfora púnica, probablemente del mismo tipo que la boca de la figura 10, 8.

Fig. 11, 1-3: Dos fragmentos de piletas de piedra, la mayor de ellas formando parte de las piedras del hogar, y dos fragmentos de una piedra de afilar de basaito. Hasta hace poco estas afiladeras eran corrientes en las cocinas de la comarca; se compraban a vendedores ambulantes.

ESTRATO 9. Estaba formado por una capa de tierra blanda, de color gris, como de relleno. Contenía bastante cerámica, pero sin ninguna señal de habitación. La mitad de la cerámica era basta, modelada a mano (un fragmento con impresiones digitales entre tantos lisos hace pensar que aquél corresponda al estrato siguiente, donde ya el género es abundante); la otra mitad pertenece casi toda al período orientaüzante. Gran parte de los fragmentos provienen de recipientes grandes, decorados con pintura roja y negra. Abundan mucho, como en el estrato 10 de Córdoba, los platillos poco o nada ensanchados en el borde y decorados con una banda de pintura roja por el interior y a veces también por el labio.

Fig. 11, 4: Pared y arranque del asa de una vasija cerrada, de barro castaño claro, con decoración de líneas rojas onduladas.

Fig. 11, 5: Pared de un vaso cerrado, de perfil sinuoso, con verticales onduladas en rojo claro y horizontales oscuras.

Fig. 11, 6: Fragmento con banda negruzca y restos de círculos concéntricos, más propio de los niveles inferiores.

Fig. 11, 7: Fragmento de una pared ancha, con tres líneas angulosas, paralelas, de pintura roja.

Fig. II, 8: Pared de un vaso decorado con líneas rojas horizontales y negras verticales; barro claro con engobe amarillento.

Fig. 11, 9-11: Tres fragmentos decorados con líneas horizontales rojas y negras sobre engobe amarillento.

Fig. II, 12-16: Fondos y bordes de platillos de barro claro, muy depurado y espatulado, pintados de rojo. **[-119→120-]**

ESTRATO 10. Lo forma una capa de tierra quemada con abundantes fragmentos de los dos tipos cerámicos de época orientalizante, el de los vasos a torno pintados y el

[43] Vives, *MH*, lám. XCV, 3.

[44] Según transcr. de GÓMEZ MORENO, *Escr. Bast-Turd.* 63, fig. 8 j.

[45] Cf. LUZÓN-RUIZ, *Raíces de Córdoba*, lám. XXXV, h.

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

de los modelados a mano y decorados con incisiones, impresiones digitales, etc. Es curioso que una capa como esta, que aquí se extiende mucho por fuera del corte, aparezca también en Córdoba en el mismo momento, a saber, entre lo orientalizante y lo ibérico (Luzón-Ruiz, *op. cit.*, pág. 8, estrato 9). Sin que ello implique un conflicto entre las dos épocas de estos yacimientos, quizá no esté de más subrayar esta coincidencia. Una fecha relativamente precisa dentro del estrato podría venir dada por un fragmento de cerámica ática, desgraciadamente muy pequeño, que acaso corresponda al borde de una taza esquifoide, con el barniz de muy buena calidad, típico de principios del VI [46].

Cerámica a mano, de barro oscuro, sin depurar:

Fig. 11, 17: Borde de una vasija cerrada, con una fila de rayitas verticales incisas.
Fig. 11, 18: ídem, con una pestaña vertical recta.
Fig. 11, 19: Pared de perfil sinuoso, con pestaña en forma de horquilla y una zona como meandro, de impresiones digitales entre líneas incisas.

Cerámica a torno, pintada:

Fig. 11, 20: Pared gruesa, de barro anaranjado, con decoración de rombos de color violeta.
Fig. 11, 21: Pared con círculos concéntricos rojos, atravesados por una línea horizontal gris oscura.
Fig. 11, 22: Pared con tres líneas negras superpuestas a una banda roja. Barro grisáceo.
Fig. 11, 23: Pared con líneas rojas y negras sobre engobe anaranjado. Barro color crema.
Fig. 11, 24: Fragmento de un cuello cóncavo con una banda ancha roja y una estrecha negra, atravesada por tres trazos curvos, quizá segmentos de círculos.
Fig. 12, 1: Cuello de labio saliente, ensanchado, con bandas rojas por dentro y por fuera.
Fig. 12, 2: Borde de una taza ática de barniz negro y barro anaranjado (Cf. supra).
Fig. 12, 3: Borde de un cuenco o soporte, de labio ensanchado y entrante, con fuerte carena por el exterior, pintado por dentro y por fuera de un rojo de varias tonalidades.
Fig. 12, 4: Borde de una vasija cerrada, con labio saliente muy ensanchado. Pintado de rojo y con una línea negra en el cuello.
Fig. 12, 5: Otro, de labio en arista, ribeteado de rojo.
Fig. 12, 6: Otro, de labio en arista, con banda roja por dentro y por arriba.
Fig. 12, 7 y 8: Otros dos, de características parecidas.
Fig. 12, 9: Borde de un platillo de labio saliente y ensanchado. Barro claro, con barniz rojo por el interior.
Fig. 12, 10: Otro de barro castaño con barniz rojo por dentro.
Fig. 12, 11: Otro, de barro castaño con el labio ensanchado y entrante.
Cerámica a torno, sin pintar:
Fig. 12, 12: Borde de una olla de labio saliente. Barro negruzco.
Fig. 12, 14: Borde de un platillo de barro gris.
Fig. 12, 13: Asa de barro claro, con una depresión longitudinal por cada cara.

ESTRATOS 11-12. Corresponden a una habitación de paredes rectas, de adobe (del que se recogieron muchos restos, así como de madera) sobre un zócalo de piedra de 0,50-0,60 m. de ancho, conservado hasta una altura de 0,30 a 0,40 m. Sus piedras estaban asentadas con una tierra gredosa que forma, al mojarse, una mezcla pegajosa de gran poder adhesivo. Tanto al este como al oeste del muro se apreciaba una sucesión de pavimentos de tierra roja, apisonada, extraída probablemente de Los Yesos, yacimiento de arcilla situado en la ribera del Guadajoz. Cada capa tenía un grosor aproximado de 3 cm. El más bajo de ellos había sido pintado de rojo repetidas veces, lo que había formado un conglomerado de capas delgadísimas, como de hojaldre, que en las zonas mejor conservadas alcanzaba un espesor de hasta veinte centímetros. Una delgada capa de ceniza se intercalaba entre este paquete y el pavimento superpuesto más tarde y al que dimos el **[-120→121-]**

[46] Fig. 12, 2. Cf. YOUNG, B. S.: *AJA* 46 (1942) 48; BROMMER, O.: Hesperia XV (1938), 181, núm. 28.

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

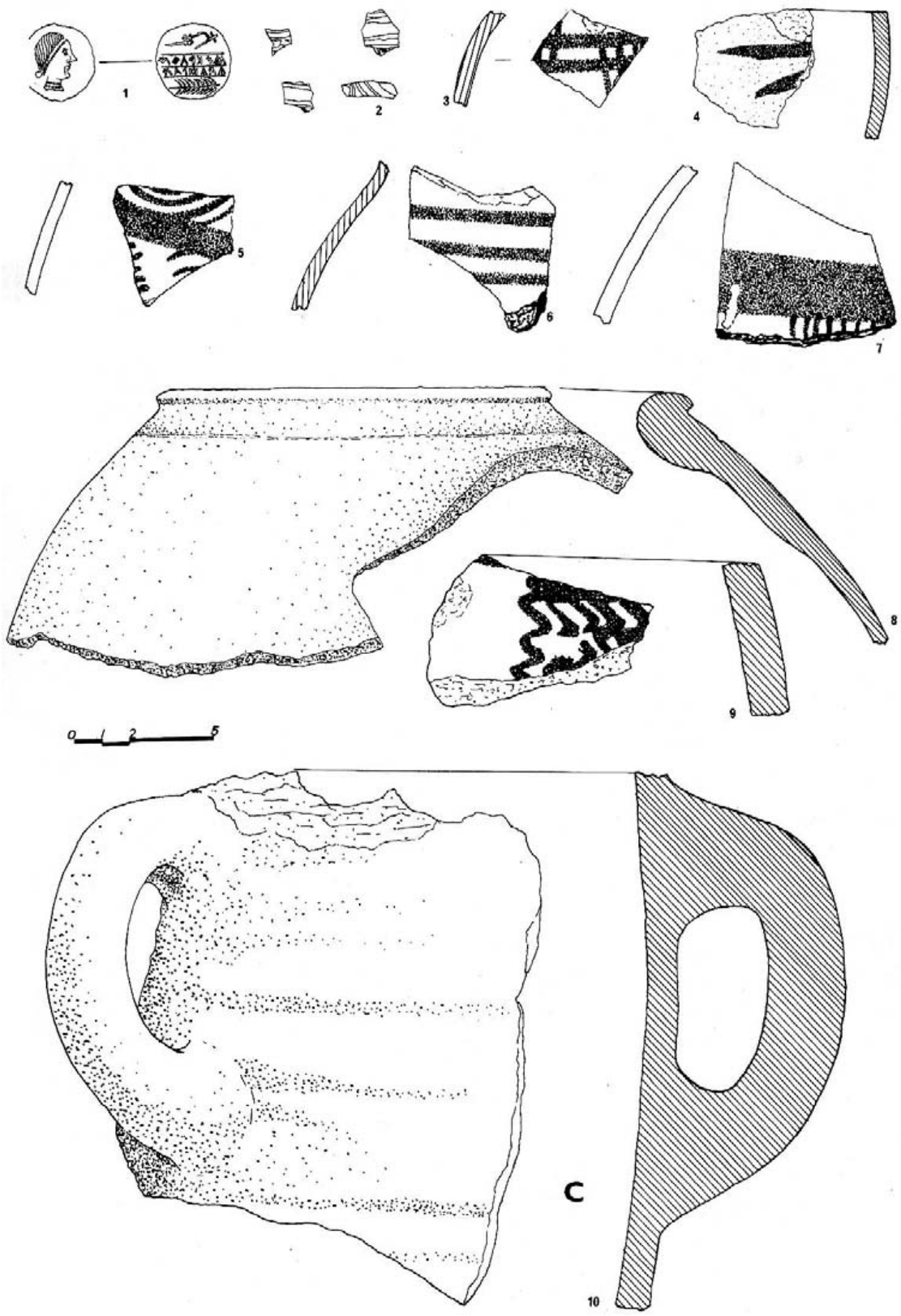

Fig. 10.- Corte I, materiales arqueológicos de los estratos 6, 7 y 8.

[-121→122-]

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

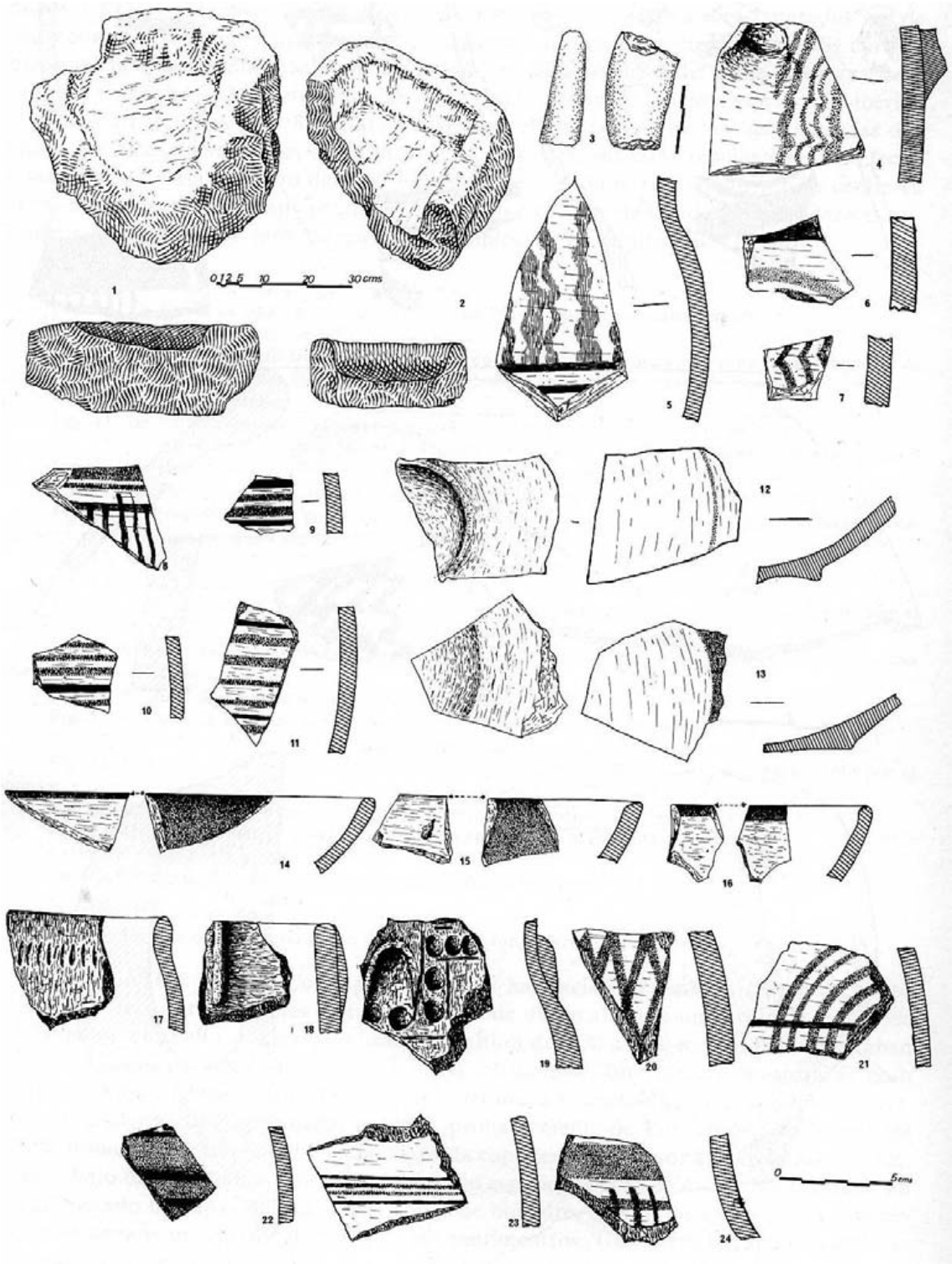

Fig. 11.- Corte I, materiales arqueológicos de los estratos 6, 7, 8, 9 y 10.

[-122→123-] número 11 en la estratigrafía, aunque se trataba sólo de un nuevo piso de la misma habitación. El aspecto de este último era igual que el de los pisos del Cerro Salomón en Riotinto.

La cerámica es como la de los niveles superiores; pero abunda más la negra a mano, mucha de ella bruñida, y escasea la modelada a torno y pintada con bandas rojas

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

y negras. Entre los fragmento de esta última destaca el de un ánfora globular de asas geminadas del tipo de la Cruz del Negro [47], que puede datar del siglo VIL

Cerámica a mano, bruñida. Es la más abundante. En un caso, el interior está pintado de rojo; en otro, la superficie exterior es rugosa:

Fig. 12, 15: Borde de un recipiente abierto, con hombro en arista y labio fino, saliente. Barro castaño con las caras bruñidas en un tono más claro.

Fig. 12, 16: Borde de un recipiente abierto, de perfil en escocia. Barro negruzco con ligero bruñido de superficie.

Fig. 12, 17: Pared de un recipiente abierto, con hombro en arista, de barro oscuro con superficie bruñida de color castaño.

Fig. 12, 18: Borde, de perfil almendrado, de una vasija abierta, de barro oscuro con superficie bruñida en color castaño.

Fig. 12, 19: Borde de un cuenco de labio anguloso, separado del cuerpo por una arista.

Cerámica a mano, de superficie rugosa:

Fig. 12, 21: Pared con pestaña vertical. Barro castaño.

Fig. 12, 22: Fondo plano de un recipiente, probablemente cerrado. ;

Cerámica a torno:

Fig. 12, 20: Cuello y hombro de un vaso cerrado, con asa geminada, barro anaranjado muy depurado. Probablemente de un ánfora esférica.

Fig. 12, 23: Asa de sección circular, probablemente de un ánfora oblonga.

Fig. 12, 24: Pared de barro oscuro, con franjas y trazos verticales en rojo.

Fig. 12, 25: Pared del mismo barro oscuro, con una franja roja ribeteada de negro.

ESTRATOS 13-14. Están constituidos también por dos capas, sin vestigios de construcción en ninguna de ellas dentro del área del corte. En cambio, al sur de éste subsistía la esquina de un edificio de piedras irregulares que no excavamos por hallarse fuera del área prevista. Dentro del corte el nivel 13 correspondía a un pavimento de lajas de arenisca; el 14, a una capa de tierra amarillenta echada sobre el suelo virgen como preparación para el piso de piedra. En los dos niveles de este estrato, de un espesor que llega al medio metro en algunos puntos, la cerámica bruñida disminuye en relación con la rugosa, no decorada, que parece corresponder a ollas esféricas sin cuello y a vasijas de cuello abocinado. Con esto llegamos al suelo virgen, a una profundidad de 3,20 m. con respecto a la superficie actual.

Cerámica bruñida:

Fig. 12, 26: Tres fragmentos de borde de una cazuela de unos 36 cm. de diámetro, con excelente bruñido de color castaño.

Fig. 12, 27 y 28: Platillo de barro negruzco, bruñido por el interior.

Fig. 12, 29: Borde de una vasija abierta, de paredes gruesas, con el hombro perforado verticalmente para colgarla. (Cf. Blázquez y colaboradores, *Huelva Arqueológica* 14, lám. XXIV, e. f.)

Fig. 12, 30: Borde de un cuenco de barro grisáceo.

Fig. 12, 31: Platillo de labio muy corto, formando ángulo muy cerrado con la pared, bruñido en color tabaco.

Fig. 12, 32: Asa plana, de barro oscuro, con bruñido castaño.

Fig. 12, 33: Borde de una vasija abierta, de barco negruzco, con bruñido negro.

Fig. 12, 34: Borde de una vasija abierta, de grandes dimensiones, de barro oscuro con bruñido de color castaño. **[-123→124-]**

[47] BONSOR, G., *CAVB*. 76; JODIN, A., *Mogador*, 150.

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

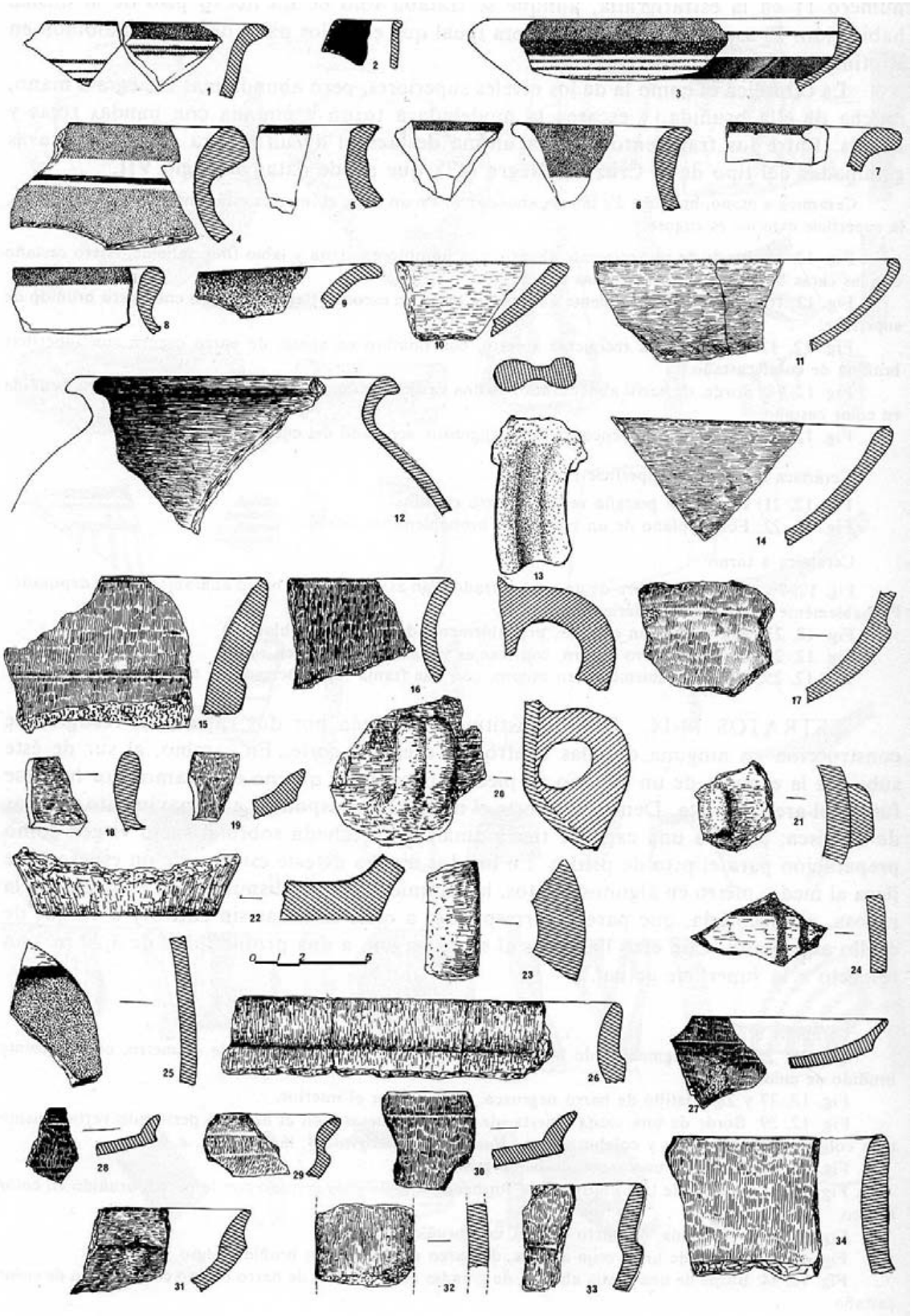

Fig. 12.- Corte I, materiales arqueológicos de los estratos 10, 11, 12, 13 y 14.

[-124→125-]

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Cerámica de superficie rugosa:

Fig. 13, 1: Pared y asa de barro grisáceo; debajo de éste unas rayitas horizontales, incisas.
Fig. 13, 2: Pared de una vasija cerrada, de barro gris, con un mamelón.
Fig. 13, 3: Similar al anterior, quizá de la misma vasija.
Fig. 13, 4: Borde de barro claro, con el labio plano.
Fig. 13, 5: Borde de un vaso cerrado, de barro anaranjado, y de paredes finas. ':
Fig. 13, 6: Otro, de tamaño mayor, en barro amarillento. Los recipientes de esta forma son muy abundantes en este estrato.
Fig. 13, 7: Borde de una vasija cerrada, de labio vuelto hacia el exterior. Barro anaranjado.
Fig. 13, 8: Pared de un vaso a torno, con engobe y líneas pintadas en rojo y en negro, de la "categoría A" de vasos con decoración geométrica de A. Jodin [48].

ESTRATIGRAFÍA. CORTE II

Las prospecciones en busca del posible *agger* de César nos llevaron a hacer una cata en un escalón del terreno fuera de la acrópolis y en las inmediaciones de la senda que lleva hacia el este del Cortijo de los Castillejos. Así pudimos descubrir una muralla tosca, de unos dos metros de espesor, hecha de piedras grandes sin labrar, mezcladas con tierra. En un principio creímos haber dado con el *agger* que buscábamos, pero la excavación de un rectángulo de 5 por 2 m. nos hizo cambiar de opinión (fig. 14).

El muro en cuestión era mucho más antiguo y junto a él se habían sucedido varias fases de habitación entre la época más primitiva de Ategua y la orientalizante. A diferencia de lo observado en el Corte I, aquí no se podían detectar los estratos ibéricos ni los romanos. En cambio, esta segunda cala nos reafirmaba en la impresión de que las cerámicas a mano, rugosas o bruñidas, convivieron bastante tiempo con las fenicias y que estas últimas aparecen entre los primeros habitantes de Ategua o muy poco después que ellos. Si en otros yacimientos como la Colina de los Quemados (Córdoba-ciudad) se detecta una fase de exclusiva cerámica a mano, aquí la torneada y pintada (fenicia, tartésica o como quiera llamársela) aparece inmediatamente, aunque en proporción escasa en comparación con la época orientalizante.

Prescindiendo de los niveles 1 y 2, correspondientes a la tierra vegetal y al substrato de ésta, ninguno de ellos de valor arqueológico, encontramos desde los 0,90 m. a los 2,50 de profundidad, los siguientes estratos.

ESTRATO 3. Tierra compacta de color claro, mezclada con cal.
Cerámica a mano:

Fig. 13, 9: Borde de una vasija abierta, de barro oscuro, bruñida, con el labio saliente y carena. Hay otros cinco bordes de la misma forma.
Fig. 13, II: Borde de vasija cerrada, de barro claro, con la superficie alisada.
Fig. 13, 12: Fondo de una vasija grande, probablemente cerrada, de factura muy tosca.

Cerámica a torno:

Fig. 13, 10: Borde de un platillo de barro gris, con el labio reforzado.
Fig. 13, 13: Borde de un platillo de barro claro, con barniz rojo en su interior.
Fig. 13, 14: Fragmento de un vaso de barro anaranjado, con una franja negra sobre banda roja. J
Fig. 13, 15: Otro con una banda roja y tres trazos curvos.
Fig. 13, 16: Otro con una banda horizontal y tres verticales sinuosas.
Fig. 13, 17: Otro con círculos concéntricos atravesados por una raya negra. **[-125→126-]**

[48] *Mogador*. 150.

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

ESTRATO 4. Irregular y de extensión limitada, con poca cerámica, casi toda ella negra; un fragmento con decoración digitada. Muchas cenizas y restos de un hogar.

ESTRATO 5. Limitado también, y alterado en parte por una madriguera (la entrada de ésta en el estrato 3 de fig. 14). Forma una capa gris, revuelta, con carbón vegetal y mucha cerámica, en su mayoría grisácea y amarillenta. Hay fragmentos de recipientes grandes, de las mismas formas que en el estrato 3, cuencos y platillos de cerámica bruñida, y además, los siguientes:

Fig. 13, 18: Borde de vasija cerrada, con decoración digitada en la base del cuello. Dos ejemplares más de recipientes análogos, todos de perfil sinuoso.

Fig. 13, 19: Fragmento de pared con arranque de un asa y decoración incisa, de grupos de líneas oblicuas alternando sus direcciones sobre una franja horizontal; junto al asa, triángulos pequeños, rayados.

Fig. 13, 20: Fragmento de una taza de barro negruzco.

Fig. 13, 21: Fragmento de cerámica a torno con decoración de círculos concéntricos.

ESTRATOS 6 y 7. El primero de ellos estaba constituido por una capa de cenizas de espesor bastante regular y el segundo también por cenizas en varias capas, entremezcladas con otras de una tierra amarillenta, arenosa. La interpretación a que llegamos de este conjunto de estratos fue la de que correspondían a una sola época de habitación en la que se habían estado utilizando dos hogares en una zona separada por un muro perpendicular a la muralla. Abundaba la cerámica modelada a mano y escaseaban ya mucho los fragmentos pintados.

Fig. 13, 22; Fragmento de pared de una vasija grande, cerrada, de barro grisáceo, decorada toda la superficie con incisiones rectas hechas con un peine. En la parte superior estas incisiones forman como una banda trenzada al entrecruzarse unas con otras bajo una línea de impresiones digitales.

Fig. 13, 23: Cuello cóncavo y labio saliente de un vaso cerrado, grande, con las superficies bruñidas en negro. El color de otro fragmento semejante es anaranjado.

Fig. 13, 24: Fragmento de pared y arranque de asa de una vasija cerrada, decorada con una línea de impresiones digitales. La superficie exterior, negruzca y rugosa; la interior, clara y pulida. Muestra el orificio de una grapa.

Fig. 13, 25: Fragmento de cuello y hombro de una vasija cerrada, de barro claro, con superficies pardas, bruñidas por ambos lados.

Fig. 13, 26: Fragmento de pared y cuello de una vasija cerrada, de barro claro.

Fig. 13, 27: Borde de un plato de barro negruzco, con la cara interior bruñida en negro y la exterior en castaño.

Fig. 13, 28: Fragmento de un vaso a torno, decorado con líneas rojas sobre engobe amarillento.

ESTRATO 8. Por falta de tiempo la excavación hubo de reducirse aquí a una superficie de un metro cuadrado, hasta alcanzar la roca viva. Allí pudimos ver la base de la muralla asentada en una delgada capa de tierra arcillosa anaranjada, intercalada entre la roca y las primeras piedras. El estrato 8, de esta misma tierra, medía cerca de medio metro de espesor y se correspondía con la construcción de la muralla, pues no había señal de zanja de cimentación. Toda la cerámica era como la del nivel 13 del Corte 1: trozos de vasijas grandes esféricas, platos de borde saliente, con carena muy acusada, de cerámica negra bruñida. Faltaba del todo la cerámica a torno, pintada y sin pintar.

CONCLUSIONES

Comparando esta estratigrafía con la de Córdoba-ciudad, se desprende que el poblamiento del valle medio del Guadalquivir se produce al final de la Edad del Bronce, cuando están a punto de llegar, si no lo han hecho ya, los colonizadores históricos del Mediterráneo oriental, entendiendo por tales a los fenicios, chipriotas u otros **[-126→127-]** cualesquiera que pudieran estar comprometidos en la empresa. A ellos les precede, según todas las apariencias, el pueblo portador de la cerámica a mano, decorada a veces

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

con incisiones y depresiones hechas con las puntas de los dedos o de un palo, y provista en ocasiones de rudimentarias asas o pestañas. A juzgar por las excavaciones de los Saladares [49], el mismo fenómeno se acusa en otro gran valle fluvial, el del Segura. Diríase que hasta entonces las poblaciones del sur y del sudeste no sienten la necesidad, o no poseen los medios de establecerse en las lomas de la Campiña. Quizá los mapas de las áreas dolménicas trazados por los Leissner indiquen efectivamente cuáles fueron las zonas del Mediodía habitadas antes del Bronce Final. Quizá donde no haya dólmenes, no haya habido tampoco población permanente.

La descripción de la topografía intercalada en el *Bellum Híspaniense* indica que la fisonomía de la Campiña poco a nada difería de la actual. Por ninguna parte asoman los bosques. Si estos habían cubierto la región en otras épocas, por entonces la deforestación se había llevado a cabo, y la Campiña era como hoy una vasta y ondulada región cerealista. Gracias a esa base económica Ategua era el grande y bien provisto granero que César necesitaba.

Para contar con tal base económica y para que la comarca pudiese albergar una población estable hacían falta por lo menos dos cosas: los arados y las carreteras. Los primeros para roturar los campos con una efectividad que las azadas no tienen, y las segundas para que en época de lluvias las poblaciones no quedasen aisladas sin remedio. Los ejércitos de Pompeyo y de César se movieron aquí en el invierno del 46-45 por una gran red viaria. ¿Pero de cuándo databan esas vías? Ategua misma nos ha dado la respuesta. La estela sepulcral de un jefe acompañado de su hueste y de su carro de guerra postula la existencia de unas vías de comunicación en las que aquel vehículo pudiera utilizarse. Sin carreteras esos carritos de caballos saltarían por la Campiña como canguros. Eso implica que ya a finales del Bronce los carros van y vienen por el país a lo largo de calzadas.

No podemos afirmar con plena seguridad a qué capas de nuestra estratigrafía corresponde la estela. La coraza del personaje representado en ella muestra una decoración geométrica a base de ángulos que sin duda refleja el estilo de la ornamentación que entonces estaba en boga entre las gentes de la localidad. Y no deja de ser curioso que ese estilo se corresponda con el de la cerámica incisa de los niveles 5 y 7 del Corte II (fig. 13, 19 y 22). Por consiguiente, no sería aventurado suponer que la estela fuese grabada en el momento de apogeo de la cerámica incisa y antes de la entrada copiosa de elementos orientalizantes que en la estela no asoman por parte alguna. El siglo VIII sería en nuestra opinión la época indicada para una manifestación de este género.

Ya en el Symposium de Jerez [50] expusimos nuestra opinión acerca de los hombres de estas estelas y de esta cerámica a mano, que considerábamos venidos del norte por las razones allí expresadas. Secundados muy pronto por los fenicios, ellos fueron sin duda quienes completaron la ocupación de Andalucía dominando sus áreas fluviales y llanas con un empuje que había faltado entre las poblaciones anteriores, conformes y satisfechas con sus montañas y colinas, donde la naturaleza proveía al drenaje del suelo en época de lluvias y proporcionaba pastos para el ganado y terrenos para sus limitados cultivos de azada. Parece como si los arados y las calzadas, que habían de hacer posible el dominio y la colonización del gran valle bético, cayesen fuera de su interés, de su rutina o de su alcance. El Bronce Medio en Andalucía adolece de una monotonía comparable a **[-127→128-]**

[49] ARTEAGA, O. y SERNA, M. R., *MM*, 15 (1974), 108 y ss.
[50] *V Symposium Intern. de Prehistoria Peninsular*, Barcelona, 1969, 119 y ss.

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

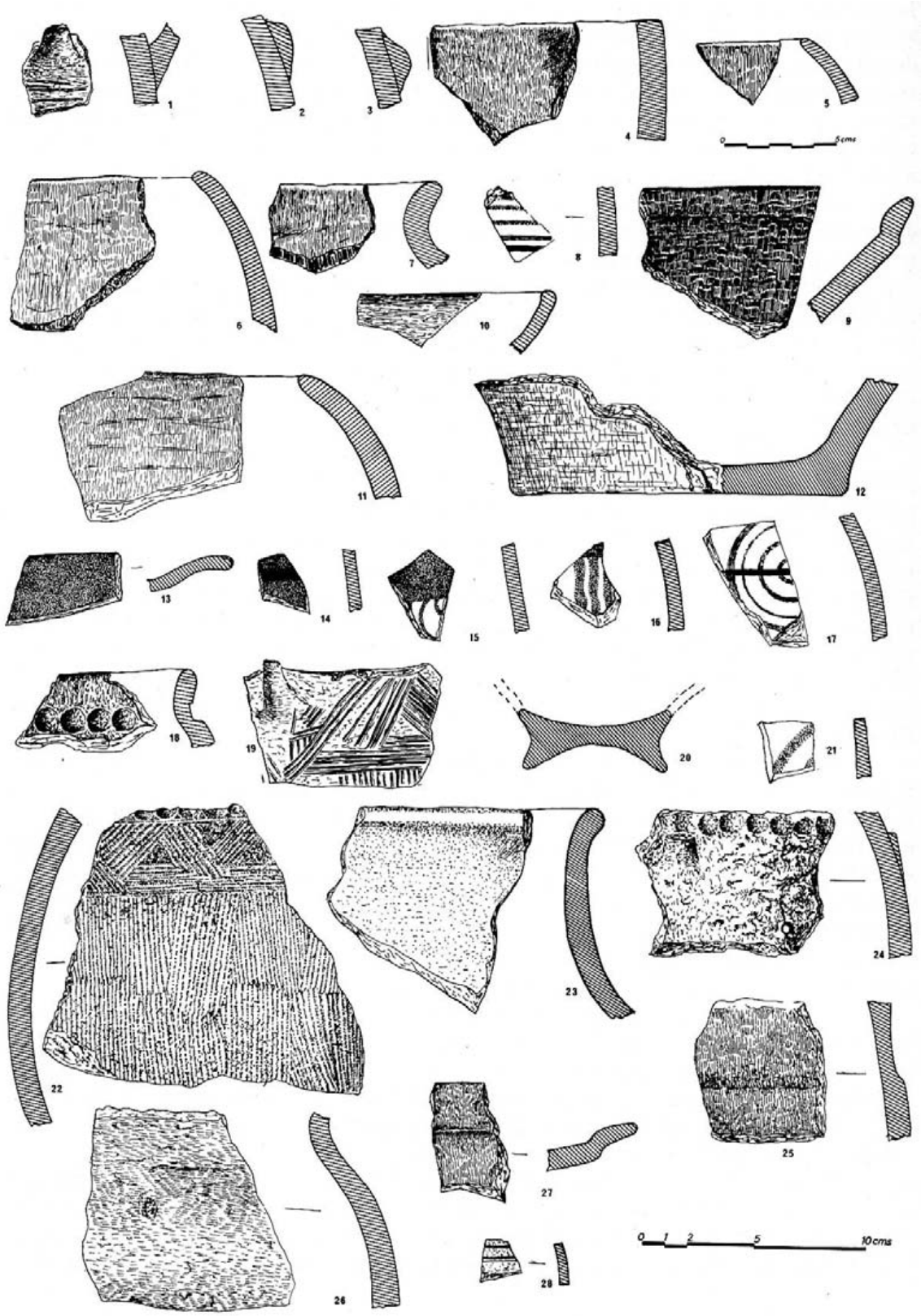

Fig. 13.- Corte I, materiales arqueológicos de los estratos 13 y 14. Corte II, materiales arqueológicos de los estratos 3, 5, 6 y 7.

[-128→129]

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

la de todo el Mediterráneo occidental de la misma época, sobre todo si sus manifestaciones se comparan con la brillantez de su mitad oriental. Fue menester la infusión de sangre nueva en esa sociedad estancada para que el panorama adquiriese el aire progresivo y civilizado que el nombre de Tartessos comporta y que los restos materiales confirman. No se trata de continuidad, sino de novedad y de cambio. A ambos debieron Ategua y Córdoba su nacimiento y su existencia.

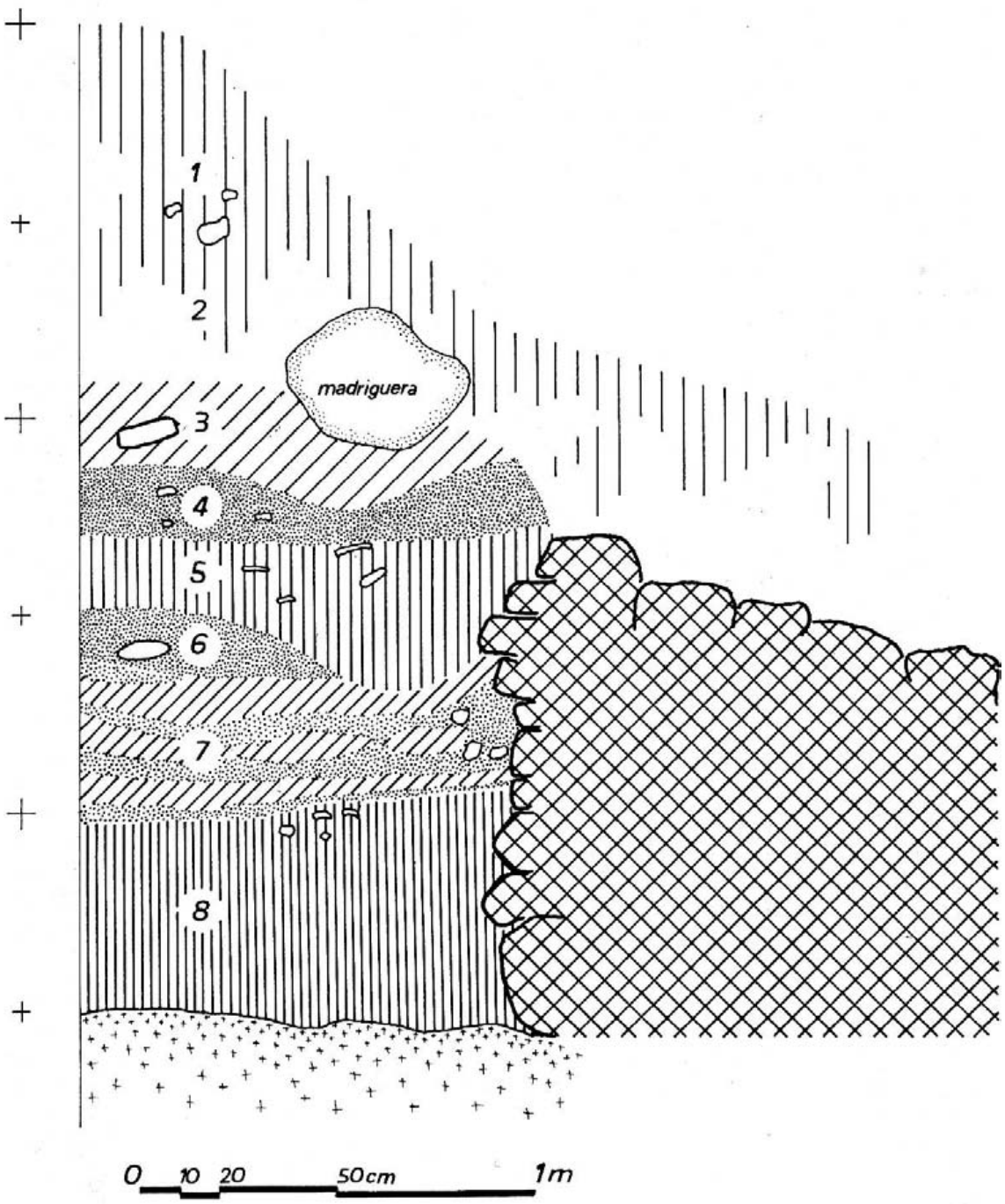

Fig. 14.- Corte II, estratigrafía del perfil este.

[-129→130]

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

ANEJO: LA MUNDA DEL CORONEL STOFFEL

En 1887 se publicó en París, Imprimerie Nationale, un libro importante de historia militar en el que tanto Cataluña como Andalucía ocupan extensos capítulos. La correspondiente ficha debe rezar así: "Stoffel (le Colonel), *Histoire de Jules César*, *Guerre Civile*, 3 vols., París, 1887". Los dos primeros volúmenes de que consta la obra tienen tamaño en cuarto, en tanto que el tercero lo tiene en folio. El primero comprende "del paso del Rubicón a la batalla de Farsalia", con una extensión de 387 págs.; el segundo, "de la batalla de Farsalia a la muerte de César", con 460 págs.; y el tercero, 24 láminas. La n.º 4 de éstas ofrece un mapa general de la Hispania romana, la 5 el mapa de los alrededores de Lérida; la 6 la comarca entre el Segre y el Ebro; la 7 dos vistas de Lérida y de Mequinenza, y la 24 el mapa de la campiña de Córdoba, del que con unas adiciones insignificantes se apropió Schulten en *FHA* V, mapa III, sin guardar demasiados miramientos para con el ya difunto coronel. He aquí como el genial sabio germánico relega a su predecesor galo al papel de mero comparsa: "La primera vez que lo de Munda se estudió sobre el terreno mismo, fue por el coronel Stoffel, al cual Napoleón III había confiado la continuación de su *Histoire de Jules Cesar*. Stoffel ha visitado la región en 1863 y después pudo aprovechar un mapa que en 1865 se levantó, para él, por el Estado Mayor español, a 1:80,000, y que Stoffel reprodujo a 1:160,000. En la primavera del año 1921 el general Lammerer y yo fuimos a Munda y el general levantó un nuevo mapa a 1:100,000. Este mapa se reprodujo en la edición de Klotz y lo principal de él también en el *Schlachtenatlas* de Kromayer-Veith, *Röm. Abteilung*, Blatt 23 (1924). Es de gran importancia el estudio de la guerra antes de la batalla de Munda por Lammerer en el comentario de Klotz. Compárese también mi exposición de la guerra en *Schlachtenatlas* y mi memoria sobre la batalla de Munda en *Rhein Mus.*, 1935, y Holmes (en *The Roman Republic* III, 232-312), que no ha visitado la región" [51].

El incauto lector que no conozca el talante imperial de Schulten, creerá, tras leer el pasaje transcrito, que lo único digno de leerse sobre la materia es lo escrito por él; y si no es demasiado diligente, no se molestará en averiguar qué deben Lammerer y Schulten a Stoffel, a Dodge (a quien ni siquiera citan) y a Holmes, que era un honesto estudioso y un agudo crítico.

Para dar a cada uno lo suyo, hay que decir que la localización de todos los campamentos de César y de Pompeyo alrededor de Ategua y en los alrededores de Espejo, Castro del Río y Montilla, tal y como Schulten la presenta, así como la identificación presunta de Castra Postumiana con el Cortijo de Harinillas, o mejor "de Roba Harinas", todo eso y la ubicación del *Campus Mundensis* en los Llanos de Vanda y la identificación de Munda con Montilla, son obras de coronel Stoffel. No queremos decir con ello que compartamos su opinión. Es más: creemos que hoy no se puede aceptar el planteamiento de la situación que él propone, pero es menester conocer este planteamiento antes de asignárselo a otro.

El coronel Stoffel tuvo la fortuna de ser elegido por Napoleón III, en 1861, para realizar los trabajos previos a la reconstrucción de las guerras de las Galias y civiles que el emperador necesitaba para su proyectada obra sobre Julio César. Según él mismo declara, el emperador "juzgó que un oficial ya familiarizado con el estudio de las guerras antiguas sería tal vez apto para emprender las investigaciones indispensables para explicar las campañas de César...". Stoffel, que había trabajado "sur la question d'Alesia", recibió el suculento encargo, que comportaba trabajar con medios ilimitados y

[51] FHA V, 124 y s.

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

cartas de **[-130→131]** presentación suscritas por el propio monarca francés, no sólo en Francia, sino en Italia, Inglaterra, Alemania, España, Grecia, Albania, Turquía, Egipto y norte de África. La obra fue llevada a cabo parcialmente en 1862-1866, en Berlín entre 1866-1870, y más tarde de manera no continua, pero que puso en manos de Stoffel todo el material de la "Guerra Civil" que vio la luz como obra suya en 1889 tras la caída del III Imperio. Los trabajos efectuados en Cataluña y Andalucía fueron realizados en 1861-62 (justamente cuando aparece en Madrid la obra *Mundo Pompeyana*, de los hermanos José y Manuel Oliver Hurtado, premiada por la Real Academia de la Historia). Los mapas de Lérida y de Córdoba, que Napoleón III había pedido al gobierno español, no llegaron a París hasta 1865. Los realizó el Estado Mayor bajo la dirección del coronel Juan de Velasco.

No sabemos si la tesis defendida por los hermanos Oliver Hurtado, de que después del asedio de Ategua y de la toma de Ventipo, que *ellos sitúan correctamente* en la Atalaya de Casariche, Gneo Pompeyo se retira *versus mare*, fue conocida o no por el coronel Stoffel. Este no cita ni a los autores ni a su obra, pese a que Hübner había saludado la aparición del libro con verdadero entusiasmo, como si España tuviese ya, por fin, en el campo de la Historia Antigua, investigadores de talla europea. El coronel se limita a decir que, hasta el momento, Munda ha sido localizada en nueve lugares diferentes de Andalucía, pero sin decir ni cuáles son esos lugares ni quiénes los autores responsables de sus asignaciones. El tiene idea de que para muchos Gneo Pompeyo se está alejando de Córdoba; por eso pone especial énfasis en defender la tesis contraria, que es ésta:

"Reconocimos pronto que el teatro de todas las operaciones militares de toda la guerra no se extendía a más de dos jornadas de Córdoba hacia el sur. Desde entonces las investigaciones realizadas para identificar Munda debían verse muy simplificadas si alcanzábamos a descubrir en este país montañoso una llanura que respondiese a la que el autor de la narración latina describe en los capítulos 27 y 28. Bien: pues no hay más que una: *los llanos de Vanda*, que se extienden al sur de Espejo y que están atravesados por el Cabañas y el arroyo Carchena. Siendo esta llanura indiscutiblemente el *campus Mundensis* de la *Guerra de España* [52], cap. 27, no quedaba más que determinar aquella de sus partes en que se pudo librar una gran batalla en las condiciones exigidas por el texto latino. Aquí, una vez más, la duda no era posible: la batalla fue librada hacia el extremo occidental de los llanos de Vanda, a la izquierda del arroyo de San Cristóbal, al pie de la cuesta accidentada que baja de los altos de Montilla, y por consiguiente, esta villa ha substituido con seguridad a la de Munda" [53].

No conforme con esto, al final del tomo, en la extensa serie de sus *Explications et remarques*, dedica todo un capítulo al mismo tema bajo el título de "Descubrimiento del campo de batalla de Munda", donde afirma: "Se puede ver por nuestro relato de la Guerra de España, así como por la observación de la lám. 24 [54], que nuestras investigaciones nos han llevado a situar el teatro de las operaciones militares al sur de Córdoba en un espacio de terreno bastante limitado. Lo contrario no era posible, porque, lo repetimos, la condición esencial que domina a todas las otras y que da a esta guerra su verdadero carácter es que Gneo Pompeyo no podía alejarse mucho de Córdoba, a la que había hecho sede de su almacén principal y donde había dejado a su hermano con una fuerte guarnición. Esta situación se vería confirmada, si ello fuese menester, por el final del capítulo 28 de la *Gue-*

[52] Así llama él al B.H.
[53] Stoffel, *op. cit.*, II, 307.
[54] El mapa aprovechado por Schulten.

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

rra Civil. El autor, después de haber dicho que en Munda el campamento de Pompeyo estaba defendido por la naturaleza de los lugares y por las fortificaciones de la ciudad, añade: "Namque, ut superius demonstravimus, loca excellentia **[-131→132]** tumulis contineri, interim nulla planitia dividit". Las palabras "ut superius demonstravimus" remiten al lector al capítulo 7, donde el país situado al sur de Ategua y del Salsum, es decir, la comarca de Ucubi, se describe así: "Hace loca sunt montuosa et natura edita ad rem militarem" [55]. Se debe concluir de ello que la comarca de Munda ofrecía, como aquella otra de la que Espejo ocupa el centro, eminencias muy a propósito para la acampada de un ejército, lo bastante próximas unas a otras para que no se pueda dar el nombre de llanuras a las depresiones del terreno que las separan, y que por ende estaban próximos a esta última".

"Los capítulos 32 y 33 de la *Guerra Civil* invitan también a no buscar el campo de batalla muy lejos de Córdoba. Según el primero de estos capítulos, el joven Valerius, después de la derrota, se refugió en Córdoba con algunos jinetes y dio cuenta a Sexto Pompeyo de lo sucedido. Entonces éste distribuyó todo su dinero entre los jinetes de su séquito, dijo a los habitantes que iba al encuentro de César para concertar la paz, y partió en la segunda vigilia (entre 9 y 12 de la noche). Sin pretender razonar con demasiado rigor sobre una narración escrita con negligencia (El coronel Stoffel considera al *BH* como una *soné de journal mal redigé*, *du a quelque obscur écrivain*.) uno se pregunta por qué el autor tenía que precisar tanto la hora de la partida de Sexto Pompeyo si éste no hubiese huido de Córdoba hasta la segunda o la tercera noche después del desastre. Este pormenor indica con certeza que la distancia de Córdoba al campo de batalla podía ser cubierta a caballo en cuestión de horas" [56]. **[-132→133]**

[55] Es de advertir que todos los editores modernos, pese a ser esta la lección unánime de los mss., aceptan la corrección propuesta por Mommsen: "impedita" por "edita", lo que invierte el sentido de la frase y responde a la realidad de la topografía: el terreno de la Campiña no era apto para la guerra como ésta se practicaba en época romana.

[56] Stoffel, *op. cit.*, II, 312 y s.

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

1 2

3

Lám. I. 1. Vertical de Ategua (Córdoba), mostrando las líneas de sus defensas. 2. Aregua, puerta de la muralla en el lado sur. 3. Cantera en el recorde de la acrópolis.

[-133→134]

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

1

2

3

Lám. II. 1. Camino de ronda en el exterior de la muralla. 2. Detalle de la muralla. 3. Parapeto de hormazo desde el interior.

[-134→135]

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Lam. III. 1. Proyectiles de onager. 2. Cabeza de caballo de perfil. 3. Cabeza de caballo de frente. 4. Hocico de un toro.

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia